

A black hole is depicted in the center of the image, surrounded by a bright, glowing accretion disk. The background is a deep black space filled with numerous small, distant stars. The overall effect is one of cosmic mystery and awe.

EL MIEDO
COMO
ORIGEN DEL MAL

EL MIEDO

COMO ORIGEN DEL MAL

Jesús del Pino Marín
(Aspirante a siervo inútil)

El miedo como origen del mal. ©
2026 de Jesús del Pino Marín tiene
licencia Creative Commons
Atribución-No Comercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional.
Para ver una copia de esta
licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



Fecha de publicación: 3/8/2026

novaevangelizatio.org

E-mail: buenanueva@hotmail.es

Índice

Prefacio.....	1
Ciencia del miedo.....	9
El miedo a sufrir.....	27
El miedo a la muerte.....	47
El miedo en los pecados capitales.....	65
Eufemismos del miedo.....	83
Falacias del miedo.....	91
Temor de Dios.....	107
Un día anocheciendo encerrado en el cementerio.....	117
Una noche velando en el cementerio escondido en una fosa rezando el Santo Rosario.....	125
Los gestos proféticos.....	161

Prefacio

«En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo» (1 Jn. 4, 18).

Teniendo en cuenta este último versículo del Evangelio de san Juan, podemos hacer la siguiente apreciación: Cuando san Agustín decía aquello de *«ama y haz lo que quieras»*, bien podíamos también decir: *«no temas y podrás hacer lo que quieras»*. En otra sentencia también nos dice que *«la medida del amor es amar sin medida»*. Por tanto, será el miedo el dique que el hombre va creando en su corazón, la dificultad o el atenuante que nos va a impedir que podamos amar.

El miedo no solo es la mayor limitación que puede llegar a bloquear al hombre, pues para asombro de muchas personas, podemos decir que también viene a ser la raíz del mal. Es en esta apreciación donde quisiéramos sondear, porque todo aquel que llega a conocer algo sobre los misterios del miedo, también puede conocer gran parte del misterio de la psique humana. Es por ello que, el miedo, se convierte en uno de los temas más apasionantes del conocimiento humano, ya que no sólo nos puede ayudar a conocernos mucho mejor, sino que además podemos conocer mucho más sobre esa vorágine social que a todos nos envuelve.

Existen muchas formas de interpretar interiormente en cuanto como es el miedo y como

actúa en nosotros. Podemos decir en primer lugar que los miedos son como capas que están estratificadas alrededor de nuestro ser, son las capas que nos cubren impidiéndonos la posibilidad de poder conocernos a nosotros mismos, desde nuestro estado consciente, hasta el subconsciente.

Partiendo de nosotros mismos, el miedo es el mayor de los ladrones ya que sólo él es el que nos roba toda nuestra alegría. Si lo miramos desde otra perspectiva, el miedo es aquel que tiene la mayor capacidad de deformar nuestra conducta, es el único capaz de absorber toda nuestra personalidad. Una persona propensa a temer de las diversas circunstancias de la vida está expuesta a vivir como una veleta, es decir, que tendrá menos capacidad para madurar y definirse como persona. El miedo viene a ser —sin duda— el causante de nuestra tristeza, ya que éste sofoca el amor que es fuente de vida interior.

Si la clave de nuestra vida es crecer en todas las dimensiones como persona, será el miedo aquel que juegue el papel más determinante. Si el hombre tiene deseo de madurar, va implícito tener que ir superando los miedos de todas las etapas de nuestra vida. El hombre que se supera cada día, supera sus miedos y con esta superación el ser humano madura en su esencia. No podemos concebir una madurez sin haber ido superando

todos nuestros miedos en cada etapa de nuestra vida.

Son nuestros miedos los que nos van a impedir todo tipo de relación, pero especialmente nos va a impedir la relación con Dios. Nuestros miedos nos envuelven como las capas de una cebolla y será nuestra humildad y sensibilidad humana las que podrán ir superando todas esas capas o niveles más profundos del miedo. Por lo común, es en el sótano de nuestra conciencia y del pensamiento donde se guardan estos miedos, que por norma general, sólo afloran en los momentos de alarma. Son estos miedos más profundos e invisibles a nuestra consciencia los que *ahogan la voz de Dios*.

Podemos comprender estas capas o niveles desde la psicología como máscaras. Cuando tenemos delante de Dios estas caretas, no nos estamos mostrando ante Él tal como somos, sino que de muchas maneras fingimos ser alguien que no somos, muchas veces desde nuestra inconsciencia. Esto quiere decir que en el fondo no somos nosotros. Posiblemente engañaremos a muchos familiares, amigos y conocidos, pero a Dios no. Por tanto ¿a quién estamos engañando en verdad? Podemos apreciar que nuestros miedos, además de no dejarnos ser como somos en verdad, nos empujan a engañarnos a nosotros mismos. Todo se resume en que nuestros miedos nos hacen ser

alguien que no somos, pues en definitiva nos hacen ser personas que en el fondo no hace terminarnos de gustar. Es aquí donde encontramos la paradoja de nuestra existencia en esta vida, cuando san Pablo nos decía aquello de que «*Porque no hago el bien que quiero; más el mal que no quiero, éste hago*» (Rm. 7,19).

Si el miedo nos paraliza, nos bloquea y nos limita, sólo va a ser el amor el que nos mueva. Si el amor es el motor de nuestra alma, el miedo es la carbonilla que la gripa. Como ya hemos adelantado, el miedo es algo inherente a nuestra naturaleza herida por el pecado, por tanto, no podemos vivir prescindiendo completamente de él, pero sí que podremos llegar a dominarlo si seriamente nos lo proponemos.

A lo largo de este pequeño tratado podremos ir descubriendo como el miedo hunde sus raíces en la psique humana. Nos introduciremos como nunca se ha hecho en esta ciencia, que podemos creer en verdad que es el origen de todo mal.

También estudiaremos las formas para poder vencer nuestros miedos, después de ejercitar la humildad, para poder descubrir de la mejor manera posible nuestro corazón ante el Señor que todo lo ve. Podremos llegar a superar nuestros miedos con el Temor de Dios, la oración, el ayuno, el sacrificio, el estudio, la vigilancia, la meditación y mortificando

nuestras pasiones. Estos métodos citados, entre otros que descubriremos de forma particular, serán los remedios necesarios para superar el miedo, aunque todo miedo se debe de superar siempre haciéndole frente. Es así que el remedio está hecho para el fin, pero el fin se conseguirá siempre dando pasos al frente. En este proceso podremos estar inclinados al error, pero siempre serán preferibles mil errores en la vida, antes que dormirse en nuestros miedos, para no hacer nunca nada.

Este pequeño tratado trata de aportar los fundamentos necesarios para poder llegar a la conclusión que el miedo es el origen del mal, pero lo debemos de hacer de una forma parcial. En efecto, es parcial porque este mal, visto desde su panorámica más extensa tiene su origen en una desobediencia, como detonante previo al miedo, siendo en verdad la obediencia, la única virtud posible que nos puede tornar al bien y la paz del alma.

Esta parte viene a ser la que se ha encargado más la teología. ¿Imaginamos cuantos peligros evitamos cuando nos atamos los cordones de los zapatos? Por ello es vital a la hora de superar nuestros miedos o de corregir el mal, que estemos religados —atados fuertemente— a una autoridad que tiene su primer reflejo en Dios. De esta manera podemos llegar a la conclusión que, en la lucha

contra el mal o contra el miedo se hace necesario practicar la religión. La religión va a ser imprescindible para poder recuperar el orden, que va a ser el bien que nos aporte unas costumbres, que nos ayuden a abrazarnos a una disciplina; una disciplina que tenga todo su fundamento en el Amor primero.

Concluiremos nuestro tratado con varias experiencias reales. Una de ellas cuando me quedé encerrado en el cementerio y otra ocasión cuando hice noche en un cementerio, para poder combatir con los demonios, tal como pudo experimentar San Antonio Abad, que como sabemos es uno de los primeros padres del desierto.

«Es más probable que la verdad more antes en el hombre valiente que en un cobarde».

Autor desconocido.

Ciencia del miedo

Introducírnos en la ciencia del miedo, es superar que el miedo va más allá de una simple emoción, es tratar de superar esta concepción del miedo, para poder examinar más de cerca su esencia. Para ello también nos valdremos del lenguaje simbólico, así como requeriremos del uso de alegorías, para tratar de comprender con sencillez cual es la mecánica del miedo. Esta mecánica es sencilla, pues en primer lugar, debemos de tener en cuenta, es que todo lo que se refleja en el exterior; como puede ser, por ejemplo, en la Naturaleza o en el Cosmos, son realidades que también vienen a ser un reflejo directo de lo que viene a ser nuestro interior y/o viceversa.

La realidad más aparente del miedo dentro del Cosmos vendría a ser semejante a un agujero negro. Un fenómeno celestial como éste, es capaz de absorber todo tipo de materia e incluso hasta la misma luz. Un agujero negro se caracteriza por ser una reducida cantidad de materia con un campo gravitatorio muy grande. Esta aproximación que acabamos de hacer con un agujero negro, define la semejanza dentro de la ciencia del miedo. Por ello debemos de tomar consciencia de que el miedo es algo pequeño e insignificante para el hombre, pero con una gran capacidad de atracción, por tanto, con una capacidad de absorción de todo nuestro ser bastante considerable. El miedo nos anula, pero es necesario saber que es inherente a nuestro ser o va

unido de un modo inseparable a nuestra esencia, aunque racionalmente pueda ser algo que podamos apreciar sus cualidades y diferencias en nosotros. Podemos decir que, de aquí radica en esencia el error de haber reducido el miedo a una simple emoción.

Esta espesa negrura en el espacio nos dice que el núcleo de todo miedo es primero una incertidumbre, que al ser una ausencia total de amor, se hace una mentira, es decir, una falsedad. Aquí podemos tener una explicación racional de que el miedo es en verdad una contradicción, pues en el fenómeno físico descrito, la causa de esta absorción tan notoria no es una masa grande que absorbe, sino más bien una pequeña cantidad de materia con una densidad muy grande. Por tanto, aquí nos encontramos con una apariencia. Esta apariencia, de no haber sido estudiada por los científicos de nuestro tiempo, a simple vista nos hace confundir este abismo, haciéndonos creer todo lo contrario. Observamos una enorme contradicción en este fenómeno celestial, una masa oscura, que representa mayormente a una apariencia, algo diferente a lo que se presenta a simple vista.

En esencia esta es la realidad del miedo. Podemos decir que cuando experimentamos un miedo, este tiene una naturaleza minúscula, pero su poder de atracción, por tanto, de absorción es

enorme. Es por ello que, un temor pueda vencer al más valeroso de los hombres, que pueda apoyarse en las apariencias de este mundo. Con ello estamos poniendo en evidencia que un miedo no es tan grande como nosotros podemos llegar a creer, es en su esencia algo de naturaleza oscura que cubre u absorbe nuestro ser que toca la psique. Si no terminamos de comprender que el miedo es en su esencia una mentira, que es una apariencia o algo que no es, podríamos dejarnos vencer por él. Es ahora cuando podemos conocer más de cerca esta ciencia oscura, que tanto estrago ha hecho y sigue haciendo a la humanidad.

En parte este miedo más primitivo, esta mentira que nos cubre es causada primeramente por una incertidumbre. Esta incertidumbre tiene su origen en el pecado original, pues tenemos referencias de este primer temor en el libro del Génesis. *«Y llamó Dios, el eterno, preguntándole: "¿dónde estás?". Y respondió: he oído tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso, me escondí»* (Gn. 3, 9). Gracias a este último versículo del Libro del Génesis, podemos sumergirnos un poco más en el fondo de esta ciencia.

En primer lugar, podemos observar que el miedo es el que rompe nuestra relación con Dios muchas veces por los prejuicios y desconfianzas que les surge a los hombres desde una perspectiva

falaz. Teniendo en cuenta el versículo con el que hemos arrancado el primer capítulo de San Juan 4, 18, podemos decir que el miedo es aquel que suprime el primer mandamiento de la ley de Dios, que es amar a Dios sobre todas las cosas, con todas nuestras fuerzas y con todo nuestro ser. La primera reacción del miedo como causa, tiene como efecto llegar a esconderse, pero ¿escondernos de qué? ¿Nos escondemos simplemente por vergüenza? No es sólo la vergüenza la que nos hace escondernos de Dios y de los hombres, es también porque quedamos al descubierto, teniendo mayor sensación de vulnerabilidad, inseguridad y debilidad ante los demás.

Estos condicionantes son los que nos empujan a escondernos detrás de la mentira de las apariencias, de muchas falsas máscaras. Como podemos apreciar, de una mentira se genera otra mentira y en este caso bajo la cascara del miedo se van solapando unas con otras. Las apariencias son las que van a esconder estos miedos más tempranos, son los que van a enturbiar nuestra conciencia, el corazón, el pensamiento y la voluntad. Estas grietas causadas por nuestro pecado se vinculan directamente con estas últimas potencias del ser. Es ahora cuando la ciencia del miedo va a ir cobrando mayor sentido. Podemos decir que la vergüenza surge de nuestra conciencia. Es la sensación de quedar al descubierto, al desnudo, que

va a provocar el primer acto reflejo de no gustarse a sí mismo y tener la necesidad de vestirnos o de cubrirnos con las apariencias. Lo primero que hace el miedo a la conciencia es esconderse de los demás, para no dejarse ver tal cual es uno. Descubrirnos por completo ante los demás nos crea primeramente una gran sensación de inseguridad, por estar más expuestos a cualquier humillación, desprecio, reprensión, calumnia, ridículo o juicio con malicia.

Esta inseguridad toca directamente al pensamiento que lo lleva a la duda e incertidumbre. En esta fase el miedo comienza a absorbernos, hasta cuestionarnos o sacudir por completo nuestras ideas y convicciones. Todas las falsas seguridades que no están puestas en Dios tiemblan cuando el miedo ataca al pensamiento humano. Tenemos la prueba en este versículo del Génesis del cual podemos seguir extrayendo conclusiones, pues el hombre que había caminado con Dios a la hora de la brisa por el Paraíso comienza a dudar de Él. Es en esta fase cuando el miedo puede sacudirnos tanto, que podremos tener dudas e incluso de nuestra propia identidad, hasta el punto de no saber quiénes somos y, para lo que hayamos sido llamados a vivir. Desgraciadamente, de esta manera, estaremos poniendo retenes a la vocación o a la llamada que Dios nos hace a cada uno en nuestra vida, con las

consecuencias existenciales que esto supone para el hombre.

Después de la vergüenza, la inseguridad y la duda de nuestro pensamiento, entra en juego la debilidad de la voluntad. Es en esta fase cuando el estado de ánimo está gravemente dañado y la tristeza comienza a dar sus primeras ráfagas. Podemos describir esta fase mejor cuando el miedo, sin ser muchas veces conscientes del mismo, comienza a debilitarnos, a limitar o bloquear la capacidad del resto de nuestras potencias. En esta fase se puede decir que, el miedo ha comenzado el proceso de absorción, de la misma forma que un parásito cualquiera comienza a alimentarse de nosotros, es cuando nos puede embargar aquello que hoy los profesionales de la salud denominan como depresión.

Por último, después de estas tres primeras fases, el miedo ha hecho que el corazón —esa profundidad del hombre que tanto le caracteriza— termine haciéndole más vulnerable, pero creyéndonos lo contrario. Es en esta etapa cuando el miedo, cuan parásito del alma comienza a dañar lo más íntimo del hombre. Será en este momento cuando el alma de muchas maneras comience a experimentar un gran dolor, que como hemos dicho, muchas veces el hombre no llega a ser consciente de su origen. De esta manera, este dolor sin razones

aparentes, comenzamos a confundirlo con otras razones; bien sean razones de la vida o espirituales, dando lugar desde este momento al vértigo y al sinsentido de la vida. La sensación que se vive es la de un desierto muy hostil, donde debemos comenzar un proceso de purificación, para revertir los efectos de este parásito maligno que absorbe nuestra luz y atenúa nuestra capacidad de conocer.

Estos miedos más tempranos que brotan de nuestro interior fraccionado o agrietado son los que van a aflorar al exterior, para dar lugar a otros miedos tempranos del medio externo o de la propia vida. Estos miedos tempranos de la vida que arrancan de estos primeros miedos tempranos de nuestro interior van a terminar siendo el miedo al sufrimiento y el miedo a la muerte.

Aunque nos hemos apoyado principalmente en la cita del Libro del Génesis cuando Dios busca a Adán y Eva en el Paraíso después del pecado original, no estamos muy lejos de la mentalidad de un niño que comienza a abrirse a la vida. De hecho, podemos decir que, cuando el miedo aflora al medio externo, será la influencia de este, es decir, del miedo a sufrir y a la muerte, que vendrá a ser la ruina completa del hombre, tal como ha sucedido en todas las civilizaciones pasadas y de nuestra sociedad contemporánea.

Ahora es cuando debemos de dar un paso atrás, para poder comprender más de cerca ese origen del mal. Recordemos que hemos analizado ese afán de esconderse de Adán y Eva en el Paraíso, porque tenían miedo. En primer lugar se produjo un acto de desobediencia a Dios al comer del árbol del fruto prohibido, del árbol del conocimiento del bien y del mal. Podemos estar seguros de que, si este árbol sólo hubiese sido del mal, no hubiese tenido el atractivo que vieron ellos, pero se trataba del árbol del bien y del mal. ¿Por qué este misterio? Podemos comprender este misterio cuando Jesús nos dice que es necesario que crezca el trigo y la cizaña juntos «*Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega*» (Mt 13, 30). Pero después en esta parábola Jesús nos da la razón de este misterio, por el que permite que el trigo y la cizaña —el bien y el mal— crezcan juntos «*No, no sea que al recoger la cizaña, arranquéis el trigo junto con ella*» (Mt 13, 29).

Ciertamente podríamos decir que Dios pudo haber hecho la creación sin oscuridad, pero ¿cómo hubiésemos podido conocer los hombres las estrellas y la belleza del universo si no hubiese existido la noche? Si la noche no fuese necesaria, el mal en cierta manera lo es, en la medida que nos sirve para poder hacer otro bien «para lo que aman a Dios, todo les sirve para bien» (Rom. 8,28). Ahora el bien y el mal están presentes e incluso

desgraciadamente se confunden. Es aquí donde encontramos el mayor mal, el mal del desconocimiento. Siempre seremos ignorantes, aunque con humildad esta ignorancia es de lo más sana, pero este desconocimiento del mal debemos de tratar de vencerlo. Queremos el fruto del bien y desechar el fruto del mal, pero ¿acaso no sabemos que hay frutos no comestibles que sirven para otros usos de provecho humano? De esto se trata, de saber apreciar o diferenciar lo que es bueno y malo y de ser conscientes de que todo puede aprovechar para bien, porque « *todas las cosas son puras para los puros, más para los corrompidos e incrédulos nada es puro, sino que tanto su mente como su conciencia están corrompidas*» (Tit. 1, 15). Es por ello por lo que el hombre con cierta madurez espiritual no le pide a Dios que le quite sus males, sino que le ruega con el fin de obtener la gracia, para poder sacar bien de estos males. Teniendo como fundamento a Cristo, es en esta misma realidad donde podemos experimentar ya en nuestra vida la virtud teologal de la esperanza. Esto significa que en ocasiones de nuestra vida el miedo lo permite Dios para poder madurar nuestra relación con Él, ya que nos permite ejercitarnos en la confianza.

Todo esto se puede decir que es la esencia de la ciencia del miedo, un mal que bien podríamos escribir en mayúsculas para comenzar a tratarlo

como tal. Tal como ya hemos podido apreciar, no hemos tratado el miedo como una emoción más, porque va más allá de una simple emoción que, debemos de poner especial empeño para que podamos dominarlo. La lucha no es fácil pero el resultado es tan sencillo como comprender que o bien dominamos nosotros nuestros miedos o el miedo terminará dominándonos a nosotros sin ningún tipo de piedad.

La ayuda capital para superar nuestros miedos estará en la transparencia. Si hemos dicho que las raíces del árbol del bien y del mal, —que ya viene a ser una contradicción en su misma esencia— quedan bajo tierra, debemos de sacarlas a la luz. La transparencia no sólo se refiere a esa humildad de hacer frente a lo que verdaderamente somos, pues transparencia es gozar de la virtud de la fe y también es pureza. La transparencia es la clave de una relación de amistad. Sin transparencia no puede haber relación con Dios, ni tampoco con nuestros semejantes. Si no existe transparencia no puede existir una amistad sincera. Es necesaria la amistad para superar los miedos, porque por lo común no solemos tener la suficiente humildad como para sabernos reconocer nosotros mismos. La vergüenza, la vulnerabilidad, la inseguridad y debilidad en verdad no tienen nada de malo, pues todos en el fondo tenemos estas heridas del pecado, lo malo en verdad es tapar o esconder estas heridas de

cualquier forma que se nos ocurre con esas máscaras que hemos nombrado. Por ello se hace tan necesario gozar de amistades sinceras que tengan el amor o el valor de decirnos cuál es la raíz de nuestra aflicción. La humildad nos servirá para vernos mejor a nosotros mismos y en caso de que lleguemos a encontrar dificultad para con nosotros, nos servirá para a su vez poder aceptar la corrección de un amigo.

Expuestas todas estas razones, suponen un desierto demasiado árido para hacer brotar y crecer las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad, por tanto, es prácticamente imposible la existencia del resto de las virtudes —prudencia, justicia, templanza y fortaleza— en nuestra vida.

No podemos concluir estos primeros principios básicos que hemos descrito que nos introducen a los primeros orígenes y primeras causas del mal que es lo que hemos definido como ciencia del miedo, sin hablar de cómo el enemigo común de Dios y de los hombres se vale de este *útil* para poder destruirnos.

El miedo es la primera causa de destrucción en el hombre, aunque el miedo por sí mismo podría llegarse a superar fácilmente. En realidad, el problema aquí —aun siendo el miedo la causa del mal— no es el miedo en sí que no tiene ser, es el demonio que se vale de esta herramienta para terminar de destruirnos. El miedo por sí mismo no

puede crecer, pero es el demonio por medio de la confusión, obsesión, opresión, sugestión, turbación, tentación y malos pensamientos como se vale para que nuestros miedos terminen de absorbernos. Cuando hablamos de absorción, nos referimos a quedar *atrapados e inmóviles en una situación o experiencia de nuestra vida*.

En verdad el miedo es como un palo o una herramienta de jardinería, por poner unos ejemplos. Estos útiles que hemos descrito no tienen en esencia nada de malo, la cuestión es el uso que se le puede dar. Es por ello que el temor en ciertos casos es deseable o permisible, pero maligno termina haciéndolo el que hace mal uso del miedo e incluso el influjo que tiene éste para contaminar o hacer malignos a otros hombres.

Aquí es donde queremos reflejar que el árbol del bien y del mal no tenía nada que en potencia pudiese destruirnos —aunque nos hiciese experimentar el sufrimiento, la ignorancia y nos hubiese conducido igual a la muerte— porque este mal en verdad no tenía ser por sí mismo. Con ello queremos exponer que el árbol de la ciencia del bien y del mal no estaba plantado en el paraíso para ser tentados y morir, sino porque sencillamente este árbol estaba bien plantado por Dios en el lugar que lo plantó. Era necesario que ese árbol estuviese allí plantado porque de esta manera Dios no tenía que

ocultar nada en la amistad que tenía primeramente con los hombres, pero era necesario también para ser usado como objeto para probarnos en la obediencia y en el temor de Dios. Insistimos que lo malo para nosotros no es el palo, sino el uso que en este caso se le está dando en este caso al miedo, que viene a ser el *útil* con el que el enemigo se vale para destruirnos.

Después de Dios no existe criatura que pueda conocer mejor la psicología humana como el demonio. En el suceso de este tratado podremos seguir conociendo como este ser maligno se vale del miedo, primero para destruirnos a nosotros y después por medio de este, para poder destruir todo aquello que nos rodea. Lo primero que destruye el Maligno es nuestra persona, para así destruir por medio del miedo que nos conduce a la desesperación; mal que termina minando toda relación divina y humana.

El miedo viene a ser también un puente entre nuestro espíritu y el mundo espiritual. El demonio no sólo se sirve del miedo como esas herramientas suyas que acabamos de describir, pues también se vale de muchos de nuestros miedos para finalmente poder tentarnos. Pero si hay algo que debemos de extraer de esta ciencia es que el miedo, de igual manera que ocurre con el amor, va más allá de lo que reconocemos como una emoción. Teniendo en

cuenta que una emoción es una alteración del ánimo intensa y pasajera, agradable o penosa, que va acompañada de cierta conmoción somática, ¿de qué forma podríamos salir de esta duda? Muy sencillo. En este caso podemos recurrir a la «*prueba del carbono catorce*». Nos exponemos a esta prueba cuando una persona temerosa se muestra ante la presencia de un animal. No existe ninguna emoción, salvo esta excepción, en la que expuestos a esta experiencia en la que el animal —se dice en la jerga coloquial— huele el miedo. En realidad todos los animales tienen un sentido desarrollado que los hace sensibles al miedo el cual les hace reaccionar violentamente e incluso en ocasiones con agresividad hacia la persona miedosa. Quizá no podríamos exponer otra experiencia más precisa que pueda servir como mejor ejemplo para poder comprobar que, efectivamente «*el temor lleva en sí castigo*» (1 Jn 4, 18).

El miedo es en esencia una barrera que nos impide ver la verdad, por tanto, es intrínsecamente una mentira. De hecho, un miedo es una mentira tan grande que incluso podríamos decir que, una mentira es intrínsecamente un miedo. Comprender esta reciprocidad nos puede ayudar a comprender mejor la ciencia del miedo, que es paralela a la ciencia del mal. Esto supondría un enorme apoyo psicológico a la hora de tener que enfrentarnos con

el miedo al sufrimiento, a la muerte o bien cualquier otro miedo derivado de estos miedos tempranos.

Después de este argumento podemos arriesgarnos a decir incluso que el miedo es sin duda gran parte de la causa de la mentira, que es aquella que induce a otras mentiras. En primer lugar, podemos llegar a esta conclusión cuando nos hacemos el siguiente planteamiento: Si somos capaces en un principio de mentirnos a nosotros mismos, tapando lo que somos en verdad, aparentando ser otros que no somos ¿cuánto nos puede costar después seguir mintiendo a los demás? Efectivamente, nuestras mentiras van generando en nosotros y en otras personas otra serie de miedos derivados, es decir, otra batería de mentiras. Todos estos miedos o mentiras se van anidando en nuestro interior consciente o subconscientemente, para ir apagando nuestro ánimo y terminar acabando así con nuestra alegría que forma parte de nuestra fortaleza.

El que descubre o reconoce cual es la razón de su miedo, puede decir que ya ha superado la mitad de su influencia. Cuanto avanzaría el hombre individual y colectivamente si se abriese con humildad y reconociese su miedo. Esto supondría en primer lugar el reconocimiento de su propia destrucción que ha terminado por hacer de sí mismo con sus falsas apariencias. Con transparencia,

cuanto bien se haría a sí mismo, si a su vez reconociésemos nuestra vulnerabilidad, incertidumbre, debilidad e ignorancia vencida. En definitiva, este hombre se podría reconocer en su propio espejo como verdadero hombre.

La verdad os hará libres, nos dice Cristo (Jn. 8, 32) ¿Pero libres de qué? Pues nos hará libres de nuestros miedos, en primer lugar, para recobrar nuestra alegría que es capaz de romper con todo mal. Es la alegría la mayor medicina espiritual, una medicina que es una utopía permanente o una quimera para el mundo, pero una realidad para el asceta que hace frente de forma constante a sus miedos tempranos y a aquellos que nos llegan novedosos. De igual manera, en grado e intensidad adecuada, es la alegría el agua oxigenada que nos desinfecta de todo temor, porque es en la alegría donde mejor mora la verdad que nos libera, por ello podemos decir que, la alegría es el verdadero altavoz del Evangelio.

«Arrebátale al miedo su ignorancia y
tendrás de nuevo a un hombre amando».

Autor desconocido.

El miedo a sufrir

El miedo al sufrimiento acarrea una cadena de males que sacuden al hombre y a toda la humanidad. Es casi una paradoja poder afirmar que por no querer sufrir, sufrimos mucho más, y esto es tan cierto como la vida misma.

Como todo aquello que se hace grande y se multiplica, el miedo al sufrimiento supone una reacción en cadena letal para todos. La esperanza de un mundo mejor comienza a radicar en este mal que comienza a su vez por un miedo al dolor o a la propia vida. Pareciese que con ese miedo más temprano, la humanidad perdiese el norte de la razón e inteligencia y por un instante —que es lo que en verdad dura nuestra vida— nos pusiera en este escenario que llamamos mundo.

Es el mundo otro enemigo de la vida espiritual, ya que va a ser este el que con sus encantos nos pueda hacer perdernos por el camino; el camino de la búsqueda. Por este miedo al sufrimiento en el escenario del mundo, este miedo primitivo nos va a conducir inconscientemente a la evasión de los sentidos. La reacción en cadena comienza con este temor en primer lugar haciéndonos cada vez más hedonistas. Este temor al sufrimiento nos va a conducir a experimentar una infinidad de placeres que nos embotan la mente y que el mundo nos facilita de muchas maneras para terminar agravando así nuestro sufrimiento. Estas pequeñas píldoras

contra el sufrimiento son efectivas, pero sólo por instantes, por lo que las primeras sensaciones con las que comenzamos a aflorar a la vida son en primer lugar, por medio de muchos brotes de frustración y ansiedad.

Estas medidas evasivas que el mundo nos facilita de muchas formas hacen que en vez de comprender el misterio del sufrimiento para poder superarnos y madurar espiritualmente, nos creen pánico, asco, repulsión, etc. Ahora va a depender de la edad y de nuestra experiencia de vida que este mal que padecemos en demasía, nos vaya a ir quitando cada vez más la paz y el sosiego. Podríamos poner muchos ejemplos de personas que a causa de este temor han ido perdiendo cada vez más esta paz y sosiego tan necesario para mantenerse lúcidos y serenos en la vida. Ciertamente una persona que ha perdido la paz y el sosiego en su interior es mucho más peligrosa que una bomba de relojería. Podemos decir que la bomba de relojería tiene reloj, pero un hombre sin paz y sin sosiego no tiene nada que lo pueda controlar a sí mismo.

En esta fase terminal, el hombre puede orientarse por dos caminos. El primer camino podrá ser el de la superioridad, el de la arrogancia. En este camino el hombre trata de camuflar mejor sus miedos, creándose una máscara sobre otra. El otro

camino posible es el camino de la inferioridad o desprecio, haciéndonos así más víctimas ante la vida. En realidad, una vez perdida la paz y el sosiego interior vienen a ser estas las fases terminales del miedo, que nos conducen en primer lugar a un déficit de personalidad, por tanto, de madurez, por no haber querido afrontar virilmente el miedo al sufrimiento.

Dependiendo de la debilidad de nuestra voluntad y del estado de nuestro corazón, pensamiento y conciencia seremos más o menos proclives a la nostalgia, melancolía y tristeza. Junto con un profundo hastío y frustración éstos serán los condicionantes que nos conducirán a una depresión —con mayor o menor consciencia en nosotros— que vendría a equivaler a una absorción integral del miedo sobre todas nuestras potencias del alma.

Hemos descrito brevemente esta reacción en cadena que puede hacer terminar de perderse al hombre, pero en el suceso de este proceso, podemos decir que la persona que ha padecido este miedo al sufrimiento ha ido destruyéndose a la par con otras personas que le rodean. A la vez que otras personas van autodestruyéndose, sembrando la cizaña que inevitablemente crece junto al trigo. Esta muestra es un pequeño extracto de la humanidad, que por causa de este miedo va corrompiendo al hombre de muchas maneras. Es así como se

termina por extender el mal de la corrupción humana.

El hedonismo como podemos apreciar es fruto del miedo al sufrimiento y es esta la causa por la que perdemos esa paz y sosiego necesarios para poder vivir. Podemos decir además que este hedonismo causado por un miedo no superado es causa de nuestro egoísmo, pues es el mismo placer el que nos induce a pensar únicamente en nosotros mismos. De esta manera quedamos encerrados sin otra posibilidad de tener que mirarnos todo el día nuestro propio ombligo, a nuestro ego. Si miramos al otro lado de este egoísmo, podemos decir incluso que es uno de los causantes principales de tanta hambre y pobreza en el mundo.

Aún sabiendo de otros males que derivan de este punto y que no describimos porque se nos escapan, podemos decir que hemos analizado el grueso de este miedo tan sólo de una forma superficial. A grandes rasgos podemos describir esta cadena a partir de este abrazo que el hombre hace al placer, para poder olvidar la realidad del dolor en la vida. Esta cadena ocasionada por esta evasión del sufrimiento parte de la frustración-ansiedad-pánico-asco-repulsión-excitación-desasosiego-irritabilidad-superioridad-arrogancia-inferioridad-desprecio de sí-déficit de personalidad-nostalgia-melancolía-tristeza-hastío-depresión-destrucción.

personal-destrucción colateral-corrupción-egoísmo-hambre-pobreza.

Es impresionante como nuestro interior se asemeja tanto al universo. Podríamos decir que cada persona somos un micro universo dentro de otro mayor. Hoy sabemos que cada agujero negro que podemos encontrar en el universo antes de llegar a serlo fue primeramente una estrella. En esta larga cadena que hemos separado con guiones podemos decir que también ocurrió lo mismo, es decir, que antes de ser ese agujero negro que hemos descrito ya como nuestros miedos, fueron estrellas o luces de ilusiones, esperanzas en plural, en definitiva, casas de papel fundamentadas en suelo de arena (Mt 7, 24-27). Esta cadena que en este caso comienza por el hedonismo, nos absorbe desde el miedo más temprano para después ser absorbidos por esta jerarquía de miedos, que antes de ser agujeros negros eran otras luces más dentro de nuestro microcosmos. A medida que vamos siendo absorbidos por esta jerarquía de miedos, podemos decir que vamos quedando prisioneros en nosotros mismos en una mazmorra de tinieblas. En definitiva, podemos decir que, por confiarnos en nuestras inclinaciones y dejarnos llevar por el placer de cualquier lucecita de la vida, nuestro micro universo poco a poco tenderá a apagarse.

Después de analizar esta cadena del mal, que es engendrada en un principio por el miedo temprano a tener que sufrir, hemos podido apreciar como al rebelarnos contra el dolor, encontramos por nosotros mismos un castigo adherido a este miedo. Es ahora cuando cobran de nuevo mayor sentido y significado el versículo con el que comenzamos la introducción de este tratado *«En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor»* (1 Jn 4, 18). Pero ¿cómo poner fin a esta cadena de males en nosotros? Podemos decir que esta tarea exige de la paciencia que le pidamos a Dios, ya que viene a ser un proceso lento y a veces muy fatigoso.

El deseo del placer que no se purifica, tiende a corromper la integridad de la persona como ya hemos podido exponer. Pero todo deseo de placer que inicia un proceso de purificación adecuado, pasa de ser un deseo de placer a un deseo por conocer. Con esto queremos decir que el hombre que se entrega por completo a las luces falsas o a las esperanzas temporales que trae el placer, abdica de su propia soberanía, es decir, que no sólo renuncia a conocerse a sí mismo, sino que renuncia poder conocer con mayor integridad a otras personas y al propio medio que le rodea. En definitiva, podemos

decir que, el hombre que sigue el curso de sus deseos por el placer, el bienestar y la comodidad, se priva a sí mismo de un estado favorable, de un derecho, facultad o poder.

Como hemos dicho este es un proceso arduo y lento, pero en primer lugar podemos decir que, en este camino, se le procura un masaje cardiaco a nuestra propia voluntad. Esta reanimación de la voluntad supone una vuelta a la vida. Para ello el hombre debe de descubrir el valor del conocimiento de sí mismo y de todo lo que le rodea, porque este noble acto de conocer le precede el amor. Tan cierto es que no podemos amar, si primero no conocemos, como que tampoco podremos conocer si primero no amamos y, es que el amor es el mayor antídoto contra la ignorancia. Sin duda una paradoja que debe comenzar por un acto de humildad, con el fin de que podamos recibir mejor este don de Dios.

Podremos comprender la necesidad de que nuestro corazón sea vulnerable y no se cierre con las durezas de esta vida ni con las indiferencias. Podremos tomar mayor consciencia en comprender la necesidad de que no es tan malo sentir inseguridades e incertidumbres, para que de esta manera podamos pedir a Dios el socorro que necesitamos. Por esto tampoco nos debería de hacernos sentir reparo en sentirnos débiles, porque san Pablo declara que es en la debilidad donde

somos fuertes *«Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte»* (2 Co 12, 10). Esto para un iniciado podría parecerle no tener sentido, pero cuando reconozco mi debilidad soy más fuerte que aquel que dice ser fuerte, pues al reconocer lo que soy, se adquiere una mayor fortaleza que aquel que se muestra con apariencias. Este reconocimiento va a suponer en definitiva un avance muy notable en la persona.

Como podemos observar, ni la vergüenza en nuestra conciencia, ni la vulnerabilidad en nuestro corazón, ni la inseguridad en nuestro pensamiento, ni la debilidad de nuestra voluntad, supone una limitación para madurar espiritualmente o como personas. Es todo lo contrario, pues cuando el miedo trata de tapar estas realidades, es cuando experimentamos poco a poco un mal o corrupción de la persona en toda su integridad. Descubiertas plenamente nuestras miserias a Dios, nos ayudan a crecer, lo que va a suponer poder gozar de una mejor relación con Dios y con los demás.

Al descubrirnos a Dios nos descubrimos a nosotros mismos, siendo esta una ocasión para poder encontrar la paz y el sosiego, para poder gozar mejor de un estado de armonía con el medio que nos rodea. Al descubrirnos tal cual somos, es

más difícil después que podamos creernos más que otras personas —sea en el ámbito que sea— porque el que ve su miseria de verdad, conoce también la miseria del prójimo, que desde este momento puede ver mejor su cercanía, su condición con el hermano.

Si ya hemos dicho que nuestro ser es como un microcosmos plagado de luces que poco a poco pueden tener a ir apagándose, ha sido la Luz del Amor, la Luz del Conocimiento la que nos ha iluminado en nuestras tinieblas. Teniendo en cuenta que son muchas las personas que tienen miedo a sufrir, sería bueno que nos podamos concienciar que es necesario sufrir para poder purificarse. Necesario poder purificarse para poder amar mejor así, como que es necesario amar para poder emprender una búsqueda auténtica de la Verdad. Necesario es igualmente poder alcanzar la Verdad para poder gozar y a su vez finalmente poder comprender mejor con este gozo que adquirimos. Por tanto, necesario es sufrir como necesario es gozar para poder comprender lo alto y lo bajo de la montaña de esta vida. Aquí no vale una cosa que descarte la otra, pues es un todo o nada. Como podemos apreciar este proceso sigue un orden cíclico que debemos comprender, que debemos de aplicárnoslo a nuestra vida.

El misterio de nuestras cruces es un misterio —como tantos— que el hombre no termina de

conocer plenamente, por nuestras flaquezas y limitaciones. Pero se convierte en el misterio por excelencia, un misterio que de muchas maneras nos debemos de aproximar sin rechazos ni miedos. Bien podríamos otorgar al misterio del sufrimiento aquella otra sentencia, que nos dice que «ni todo lo que parece es, ni es todo lo que parece» (Autor anónimo). Es necesario tanto el gozo como el sufrimiento, para poder comprender muchos misterios de la vida, pues ambos purifican nuestra mente y espíritu. Nosotros ante Dios nos asemejamos al barro duro, un barro duro que necesita reblandecerse para que las gracias de Dios puedan penetrar en nosotros, aunque de nada sirve el gozo y el sufrimiento purificador si no estamos abiertos a Dios. El barro que no acepta esta agua purificadora se rebela agrietándose primero, para que después termine rompiéndose. La secuencia del sufrimiento, como podemos apreciar es cíclica, pues primero debe purificar nuestro amor y después nuestros intereses e inquietudes de la vida. Esto después nos motiva mejor para una búsqueda de la verdad y gozar con esta realidad, para restaurarnos así cada día y poder seguir con este proceso de purificación hasta el final de nuestra vida.

En el trayecto de un móvil cualquiera, éste tiene un comienzo en un lugar y termina en otro punto concreto, pues debemos de tener siempre en cuenta que cuando se produce un movimiento, tendremos el

correspondiente factor de pérdidas, que es ocasionado por el rozamiento. De manera semejante también le ocurre a nuestra alma, cuando en su trayecto —que es esta vida— tiene que aceptar también ese roce necesario, que en nuestro caso viene a estar representado de una forma análoga por aquello que comprendemos como sufrimiento.

Introduciéndonos un poco más en una de las dimensiones más importantes del alma humana, podemos decir que nuestro ser es en realidad un *no ser*, en la medida que estemos más o menos cerca de Dios. De aquí podemos deducir que si Dios permite el sufrimiento en primer lugar es, porque este actúa como un reloj despertador del *no ser*, pues de esta manera, tras desperezarse el alma del hombre, se produce la necesidad de conocer el Ser de Dios a través de una multitud de experiencias personales. Al despertar nuestro *no ser*, ponemos fin a nuestro letargo espiritual. De no existir en esta vida el sufrimiento, sería como si un astronauta se desentendiese del cordón que le une a su capsula espacial, estando de esta manera destinado a vagar a la deriva, experimentando en nuestro caso un abandono de la Misericordia Divina. En verdad vienen a ser la saturación de placeres y comodidades los que provocan este corte temporal del cordón que nos une a la vida, siendo estos

sucesivos cortes los que nos producen una sensación mayor de aversión hacia el sufrimiento.

El dolor que se experimenta en estos momentos de la vida es indeseado, pero es perfectamente sostenible por el hombre, aunque lo que verdaderamente le atormenta no es el sufrimiento en sí, sino más bien es su *impotencia* por no poder conocer el motivo de su sufrimiento. Con ello queremos decir que, es el desconocimiento del misterio del sufrimiento aquel que nos causa mayor dolor que el propio hecho de sufrir «Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento» (Os. 4,6).

El «*no ser*» se asemeja a aquel «*no pueblo*» de Israel (1 Pe 2, 10), cuando caminaban sin Dios. Por tanto las personas dejamos de *no ser* para comenzar a ser, cuando tenemos a Dios como vínculo de unidad, permitiendo en nosotros su Voluntad. Esta permisión supone un dejarse purificar por el sufrimiento que trae la cruz, alcanzando de esta manera el hombre su plenitud. El sufrimiento es el único velo que nos puede hacer conocer con certeza el rostro desfigurado del pecado, para poder poner un remedio definitivo en nuestra vida. Aunque no sea de nuestro agrado, la realidad es más palpable cuando sufrimos, que cuando vivimos inmersos en el sueño de nuestra vida cotidiana.

.

Además, podemos decir del sufrimiento que nos ayuda a conocer lo necesario para nutrirnos de Dios, y tiene como misión principal servirnos de instrumento para que nos ayude a examinarnos mejor, favoreciendo la posibilidad incluso de poder mantenernos más unidos. Es ahora cuando podemos afirmar que cuando Dios permite el sufrimiento de forma temporal, es porque viene a ser un acto de misericordia, pues de ahí la existencia del purgatorio para que el alma se purifique en su última morada antes de pasar al cielo. Si este sufrimiento que experimentamos se acepta con humildad nos servirá para podernos conocer más de cerca de nosotros, junto con nuestro Creador. Será entendido como un castigo que nos hemos merecido nosotros cuando este se experimente ya de una forma indefinida, pues de no ser así, la cualidad de Dios en cuanto a su Misericordia no se mostraría coherente con la realidad. Por ello podemos ahora comprender mejor con estos conocimientos cuan injustos e infieles que hemos sido en muchas ocasiones de cara al Señor, cuando sufriendo lo hemos despreciado de muchas maneras.

Si comparamos el sufrimiento con un río desbordado, el desbordamiento en sí no es algo malo, lo malo es que no se controle la fuerza para poder extraer, por ejemplo, la energía que libera este fenómeno natural. Teniendo en cuenta esta visión,

podemos llegar a decir que el sufrimiento en sí no tiene nada de malo, lo malo es sufrir y no aprovechar la ocasión para hacer un sacrificio que implique un cambio en nuestro ser y, que esta conversión pueda ser de mayor agrado a nuestro Dios.

De igual manera que el sufrimiento nos lleva a la humildad, la humildad nos lleva al que sufre. Por esta sencilla razón, se deduce que cuanta más indiferencia muestran algunas personas ante el sufrimiento ajeno, poca humildad pueden hospedar en sí. Cuando llegamos a aceptar nuestro sufrimiento y aprendemos a ser capaces de ofrecerlo, quedamos suspensos en un estado de concentración, que en primer lugar nos capacitará o nos ayudará a ser más agudos en la comprensión, dando lugar a una apertura mayor de nuestra consciencia a la realidad. Esto va a suponer una proximidad mucho más coherente o más ceñida al conocimiento que iremos adquiriendo, para ganar así una mayor soltura en nuestra experiencia de vida, pudiendo a su vez conocer mejor nuestros propios límites o capacidades, que sólo podremos llegar a desarrollar en la medida que aprendamos a donarnos a los demás.

El sufrimiento va a suponer una imperfección o distorsión en el conocimiento humano, que en contra de esta primera impresión aparentemente perjudicial, en primer lugar, puede ayudar al hombre

a ponerse en camino, para poder perfeccionar este conocimiento. Este momento concreto es cuándo se dice que una persona se ha emprendido en la búsqueda de la verdad, que en un principio también va a suponer un estímulo o una motivación para nuestra vida interior. Para muchos hombres el sufrimiento es algo repelente que se debe de evitar, lo que les va a suponer una resistencia o atenuante para la comprensión de la vida, aunque cuándo se acepta y se ofrece, nos aporta otros muchos beneficios inmateriales, como, por ejemplo, tener mayor empatía, que como sabemos, es saber ponernos en el lugar de nuestros semejantes. Además, el sufrimiento nos puede ayudar también a ser personas mucho más sensibles, que no es sinónimo de debilidad, pues en verdad esta sensibilidad nos hace ser un poco más humanos. Nos ayuda a templar la virtud de la paciencia, que es una virtud que permite *sacarle brillo* al resto de las virtudes que vamos cultivando. Aunque en un principio nos pudiese coger un poco en frío, podríamos llegar a afirmar que, cuando el sufrimiento es aceptado y ofrecido, vendría a ser como una forma indirecta o inconsciente de *bendecir nuestros padecimientos, dolores, enfermedades, adversidades de la vida*, etc.

De este aparente mal para muchos, recibimos diferentes dones, como los que acabamos de citar, que podemos llegar a resumir en la humildad, el

conocimiento, la empatía, la paciencia y la sensibilidad. Observamos que el sufrimiento en un principio es un mal aparente que dependiendo de nuestra actitud, lo podremos experimentar con estos *complementos de serie*, que actuarán en este caso a modo de *factores de corrección*. Estos frutos que nacen del sufrimiento aceptado y ofrecido serán el alimento para el desarrollo de nuestra madurez, tanto de forma psíquica como espiritual. La madurez no sólo supone una necesidad vital para desenvolverse en la vida, sino que es un bien personal que pone de manifiesto la integridad de la persona, ya que va a ser este bien el que nos va a permitir poder vivir con alegría, aún en medio de los padecimientos y vicisitudes de la vida.

Gracias a esta serenidad en medio de nuestras tormentas, sabremos salir con menor dificultad de aquellas situaciones, que, por norma general, para otros resultan ser muy difíciles, sino *imposibles*. La persona inmadura, en medio de su tormenta se va a refugiar bajo sus miedos, que toman forma de inseguridades, debilidades, desordenes, limitaciones, deseos perniciosos y un sinfín de pobreza interiores. Mientras que la persona madura, con todos sus sentidos abiertos a la vida, así como sus dones y virtudes, siempre estará dispuesto a aprender a bailar bajo la lluvia, porque es consciente de que el espíritu de lucha y de superación ayuda al hombre a crecer, permitiendo

de esta manera la posibilidad de poder seguir avanzando en su madurez.

«Papi, desde este momento voy a tratar de no hacer resistencia para tomarme cada día esa medicina amarga, porque ahora sé que con ella me estoy curando».

Autor desconocido.

El miedo a la muerte.

Es la muerte otro miedo temprano muy semejante al miedo que tenemos al sufrimiento. Hay que decir que toda persona que desconoce la profundidad de estos misterios está condenada a temer de sobremanera, porque como hemos adelantado, es el conocimiento orientado al amor el único que puede vencer estos miedos causantes de todo nuestro mal y de este conocimiento nace la confianza.

Unos padres que se hayan preocupado en dar a sus hijos una formación aceptable y sobre todo, una pedagogía de ejemplo, se puede decir que han sembrado en ellos el suficiente trigo, como para que no pierdan el norte en la vida y terminen siendo pronto unos pobres desgraciados. Es aquí donde esta gran parte de la capacidad de prosperidad de una persona. Los orígenes de la persona condicionarán el futuro y determinarán gran parte del carácter y personalidad de cualquier persona. Es por ello que, no sólo es importante tener una infancia feliz, pues esa felicidad en la infancia viene a ser muy volátil, si no se establecen unos fundamentos esenciales, para poder forjarnos como personas en la fragua de la vida.

El patrón del mal que deriva del miedo a la muerte es muy semejante al patrón que hemos descrito con el miedo al sufrimiento, sólo que con algunas diferencias. Comentábamos que ante la

incertidumbre y frustración que crea el sufrimiento cuando no se comprende, buscábamos su salida abrazando los placeres, comodidades y en general buscando un pleno bienestar. Con el miedo a la muerte, la puerta de escape no serán los placeres de la vida, sino las distracciones y entretenimientos. Por esta razón en nuestro tiempo se han construido los cementerios en el extrarradio de las urbes, para evitar pensar en la muerte que es un ejercicio espiritual muy útil y necesario.

Ante el miedo a la muerte, el hombre crea un absurdo en su subconsciente, un absurdo que en un principio lleva incluso a esclavizar hasta nuestro estado consciente. Este absurdo de la parte inferior de la razón nos hace agarrarnos de pies, manos y uñas a todo género de distracción y entretenimiento, con el fin de burlar nada menos que al tiempo. Todo ello para tratar de ignorar la realidad de la vida, que pasa y que acaba en la muerte.

Incetidumbre, frustración, desagrado, rechazo, desprecio, desgana, insatisfacción, nostalgia, melancolía, tristeza, pena, impaciencia, desaliento, desamparo, intranquilidad, pero sobre todo nos inunda esa sensación de que todo se acaba. Todo esto lo *curamos* con el absurdo de la distracción y el entretenimiento. Este afán por entretenernos y distraernos con cualquier cosa nos lleva a crear un paraíso en medio de un desierto que

nunca deja de ser lo que es, porque el sol y las adversidades nunca dejan de estar ahí. Este paraíso que creamos es un paraíso de influencias, de poder, de seguridades que pronto se mudan y de muchos, muchos excesos y abundancias. De este miedo temprano surge el amor al dinero y su posterior idolatría. Ciertamente muchos de los males penden del amor al dinero, pero nunca solemos ser conscientes de que primero penden —como podemos apreciar— del miedo a la muerte, que es donde tiene su origen.

Todo este complejo del mal es un espejismo dentro de un desierto, aunque el desierto no tiene nada de malo, porque en él puede adaptarse el ser humano y aprender muchas lecciones. Lo malo es que la humanidad no es consciente de su desierto, por tanto, no es consciente de su verdadero mal, que viene a ser fruto de un espejismo que experimentamos de muchas maneras. Si nos centramos en lo básico, el hombre busca una fuente de agua que le pueda quitar esa ansia de sed eterna. Esta sed de infinito sólo puede saciarla Cristo. Recordemos las palabras que le dirigió a la samaritana cuando Él le pidió de beber «*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva*» (Jn 4, 10). La respuesta que puede poner fin a este miedo tan destructor concluye, cuando Cristo responde a la samaritana: «*el que bebiere del agua*

que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Jn 4, 14).

Muchos de estos males podemos comprobar que son otros muchos miedos aglomerados, aunque hasta el momento no habíamos simplificado tanto. Simplificar miedos nos debe de ayudar a coger el mejor atajo, que es el que nos hace ser conscientes de que es el miedo al sufrimiento y a la muerte es la causa de nuestra completa ruina porque nos inducen al pecado. Si tuviésemos capacidad y conformidad en comprender esta simplificación que hasta ahora hemos expuesto e ignorado a su vez de muchas maneras, podríamos dar solución a muchas de nuestras angustias, ansiedades, tristezas, depresiones, etc.

Cuando se desencadena el mal ocasionado por el miedo a la muerte, surge en el centro de nuestro microcosmos un enorme agujero negro. Tal como ya comentamos, este agujero negro en un principio era una estrella o un cúmulo de estrellas que en apariencia no tenían nada de malo. Siendo la muerte algo natural que en un principio lo único de malo venía a ser que, no terminábamos de comprender esta realidad, hemos sido nosotros por medio de muchas influencias externas como hemos sido corrompidos y pervertidos por completo. Esta estrella, como cualquier estrella del universo, puede

contraerse hasta un volumen cero y la gravedad superficial aumentar hacia el infinito. Cuando esta gravedad tiende al infinito nos absorbe poco a poco hasta aplastarnos. Perder la energía en todos aquellos pasatiempos que nosotros mismos hemos ido creando, siempre vendrá a ser en detrimento nuestro. Este esfuerzo que hacemos se vuelve contra nosotros, pues, según la teoría de la relatividad, la luz emitida por una estrella también pierde algo de su energía al avanzar contra el campo gravitatorio de la estrella. Cuanto más intenso es el campo, tanto mayor es la pérdida de energía. Con ello queremos decir que, todos nuestros esfuerzos por ser felices dando la espalda a Dios siempre serán en vano. Será en estos momentos de la vida con esta cadena de males con mayor o menor intensidad, cuando nuestro microcosmos rompa con el orden o la entropía de todo nuestro cuerpo, mente y espíritu.

Cada distracción y entretenimiento nos hacen mantenernos fuera de nosotros, porque nosotros mismos somos incapaces de mirarnos, convirtiéndonos así en nuestro mayor enemigo. Convertirse en enemigo de sí mismos implicará otro temor añadido que queda en lo más bajo de la razón. Este temor desgraciadamente asegura una autodestrucción más rápida y dañina de nuestra persona. Es en estos momentos de la vida cuando la convivencia y el trato con los demás se vuelve cada

vez más difícil, no sólo porque nos hemos hecho enemigos de nosotros mismos, pues también debemos de tener en cuenta que los demás también están teniendo la misma experiencia, sin apenas ser conscientes de toda esta realidad que hemos ido describiendo hasta el momento.

Podríamos describir un sinfín de pasatiempos en este paraíso de arena seca y terreno angostado. El sol de este desierto que hemos convertido en un paraíso pega fuerte, por lo que somos proclives a vivir de las ilusiones y espejismos. Sin hacer mención a los muchos espejismos en los que nos paramos en la vida, debemos de ser muy conscientes de que tanto los ruidos sonoros y gráficos que cargan los ambientes son los mejores aliados de la distracción y el entretenimiento. El ruido, la distracción, el entretenimiento son aliados de la mentira, pues recordemos que el miedo en su esencia es también una mentira, terminando de hacer entre ellos enlaces covalentes.

En vez de describir cuales serían todas estas distracciones y entretenimientos que nos sirven de evasiva para no pensar en la muerte, sería mejor enumerar cuales no serían estos pasatiempos. Lo único que nos conviene es dejar toda distracción, para concentrarnos en conocer, pensando y poniendo en práctica el Amor que está en todo

conocimiento o experiencia que nos eleve y que nos saque de nosotros.

Si no hemos podido gozar de unos conocimientos previos en la infancia y tampoco recibimos ningún tipo de pedagogía sobre la muerte, nuestro mejor aliado en este caso será la sobriedad. La experiencia de tanta distracción y entretenimiento puede llegar hasta el punto de hacernos sentir hastío y aborrecimiento. Esta sensación desemboca en ese mar que conocemos como aburrimiento. Llegados a este punto, el aburrimiento puede ser un arma de doble filo, para bien o para mal. Uno de estos filos puede estar mellado; una mella que puede estar inclinada al mal. Se dice que *cuando el diablo se aburre, mata moscas con el rabo*. Esta última expresión define muy bien esta parte que no es de provecho para la edificación del hombre. En el otro lado de esta arma, nos encontramos con un aburrimiento, aunque hay que decir que viene a ser desagradable, nos puede ayudar a introducirnos de nuevo en nosotros y, nos puede ayudar a eso que tanto aborrece el hombre, que es poder volver a tener el privilegio de pensar.

Son muchas personas las que no quieren ubicarse en sí mismas que creen que pensar no es bueno u que debemos de pensar lo justo y necesario. Teniendo en cuenta la presente realidad que se suma a la realidad del miedo al sufrimiento,

podemos decir que hemos descubierto la razón por la que la ciencia dice que el hombre sólo usa un 3 % o un 7 % de su potencial intelectual. Ciertamente podemos decir que, la falta de valoración de las virtudes de la pureza y castidad junto con las distracciones y entretenimientos de esta vida, no nos permiten ir más allá de este potencial, que minuciosamente se ha estudiado y que aquí se constata.

La vía de la sobriedad es la más práctica para todos, pero existe también la vía del desengaño y la decepción. Quien iba a decir que el aburrimiento sea un auxilio para escapar del miedo a la muerte y ahora también eso que tan poco queremos, que viene a ser el desengaño y la decepción, nos pueda servir también de remedio. Desde este momento no debemos de mirar con aversión los desengaños y decepciones de la vida. Cuando hacemos frente a estas contrariedades, se caen los muros interiores de nuestras potencias, para poder abrírnos paso en la oscuridad de nuestros miedos. Los desengaños y decepciones de nuestra vida nos van a ayudar poco a poco a simplificar todos nuestros miedos. Nosotros hasta ahora no lo hemos visto así, pero cuando padecemos estas contrariedades, más tarde o temprano nos van abriendo paso a la verdad. En un principio podemos vivir engañados o confundidos, pero gracias a Dios la realidad termina derribando estos muros que se levantaban en ruinas.

Ciertamente no nos gusta vivir este tipo de experiencias, pero en verdad vienen a suponer pasos de gigante en el camino de nuestra madurez.

Como podremos apreciar en estas dos últimas vías, ambas nos conducen al conocimiento de la misma manera que se daba solución al enfrentarnos con el miedo al sufrimiento. Ciertamente nos encontramos ante varios mecanismos naturales de la vida, para poder conocer y comprender, aunque cuando orientamos este conocimiento al Amor, la purificación, por tanto, el crecimiento espiritual, nos va a ocasionar una mejor experiencia y satisfacción de vida. Orientar nuestro conocimiento al Amor, es decir a Dios, nos va a ayudar a relativizar mejor nuestros problemas.

Debido a tanta distracción y entretenimiento, es decir, a nuestra falta de concentración que muchas veces se confunde con la propia distracción de muchas maneras, surgen muchos de los problemas de la vida. Aunque ciertamente el problema no está en las distracciones, sino en la forma que tenemos de refinar estas distracciones y entretenimientos. Podemos estar rodeados de distracciones y entretenimientos que mientras nos mantengamos concentrados, podremos mantenernos a flote en esta vida.

Con los problemas se van creando otros miedos añadidos que nos dificultan superarlos o bien

superarnos. De igual manera que hemos descrito con los desengaños y decepciones, los problemas son necesarios para crecer y madurar. Podríamos también definir el problema como una ocasión para vencer los miedos. Debemos de ser conscientes que sin problemas nos sería muy difícil aprender o comprender para poder madurar y, sin ellos tampoco habría ocasión de que pudiésemos dar gloria a Dios.

Las distracciones y entretenimientos son técnicas evasivas de la parte baja de la razón, para no pensar en la muerte que en sí forma parte de nuestro mayor sufrimiento. Pero estas técnicas evasivas nos son las únicas para apagar nuestros miedos más tempranos, pues en una segunda o tercera etapa de nuestra vida haremos uso de otras formas. Esta forma que surge más adelante, cuando en cierta manera las cosas de la vida han perdido para nosotros su gran apetito, es la de llegar a desear la misma muerte.

Esta otra técnica evasiva no tiene nada de valiente, pues en vez de ser pacientes, lo que hacemos es como pedirle a la muerte que acabe con nosotros. En vez de superar a la muerte tiempo atrás o en el presente, que nos toque venciendo nuestra ignorancia con la virtud de la humildad, nos humillamos poniéndonos debajo del zapato de la muerte. Se puede decir que, llegado el caso, los hechos demuestran que no hemos aprovechado la

vida para bien, porque toda la vida está hecha para poder prepararnos para este momento. Podemos decir que el hombre en su ignorancia descubre la muerte finalmente como un momento de liberación —que es una realidad— pero la lástima es para aquel no está preparado y no está suficientemente maduro para dar este paso. Decimos que no está suficientemente maduro, no sólo para dar este paso, sino para presentarse a lo que le espera después.

Dios se hizo hombre en Cristo, superando para nosotros las barreras del sufrimiento y de la muerte. Es por ello que, decimos que Cristo, con su vida, nos puso una luz en el camino tenebroso, para superar estos miedos más tempranos. *«Por tanto, así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud»* (Hb 2, 14-15). Como vemos, este temor a la muerte nos somete a una esclavitud. Hemos sido conscientes de que el temor a la muerte está presente en muchas personas, pero hasta el momento no hemos sido capaces de trascender, para poder ser conscientes de que los males de la humanidad tienen indirectamente aquí su origen.

Ciertamente se podría decir que, para el hombre materialista, esta realidad le podría parecer absurda,

desbordante y carente de sentido, pero el día de nuestra muerte es el día más importante de nuestra vida después de nuestro nacimiento. Es el día más importante, porque después de la muerte la Verdad se revelará ante nosotros. Será el primer día más importante de nuestra vida, para todos los que se presenten lo más dignos posibles ante Dios, pero ciertamente será el último para todos aquellos que no supieron aprovechar su tiempo.

Después de valorar superficialmente estos miedos tempranos que surgen cuando nos vamos despertando a la vida, podemos decir que todo miedo que no es superado es un mal en potencia. Por ello es necesario dejar las distracciones y no dejarnos llevar por aquellas tentaciones de tirarse a una piscina que de momento está vacía, para liberarnos de nuestros miedos que tomaron vida cuando conocieron la realidad del sufrimiento y de la muerte. Debemos de ser sobrios y huir al silencio y a la soledad para volver a nosotros mismos. Después de este viaje del exterior hacia nosotros, tendremos que aprender a salir de nuevo de nosotros, pero esta vez deberá de ser por causa del Amor.

Tal como hemos adelantado, uno de los últimos hitos del hombre para olvidar la realidad de la muerte ha sido borrar el mobiliario tradicional de los cementerios. Hoy ya tenemos menos lápidas y nichos, hoy nuestro intento por ignorar la realidad de

la muerte se torna a un precioso jardín, donde los ojos pueden perderse a ese infinito que no nos dice nada. Este mobiliario de cruces de granito y piedra era uno de los últimos escenarios que aún nos podía interpelar a pensar, pero ese absurdo de la razón impera ante lo más sensato, que es poder llegar a tener el privilegio de pensar. Ciertamente podemos decir que esto no queda aquí, pues si no tenemos competencia o estímulos para poder pensar, ¿cómo podremos conocer nuestros límites? De igual manera podemos decir que si no conocemos nuestros límites, ¿cómo nos va a ser posible poder convivir con los demás?

La muerte debe de ser para nosotros un motor que constantemente pueda cuestionar nuestras vidas. Es la gran interrogación de nuestras vidas, es el interrogante donde termina la vida de esta primera existencia. El hombre debe de procurar por todos los medios que la muerte no le sorprenda en su necesidad. Todos los filósofos y pensadores que le han dado la espalda quedándose con lo presente y superficial de esta vida, ha sido piedra de tropiezo que les ha hecho caer en la insensatez, aunque todos aquellos que se inspiraron en ella, fueron capaces de hacer una muy buena filosofía. Viéndolo desde este punto de vista, la muerte no es enemiga del hombre, cuando éste toma la determinada determinación de mirarla cara a cara. En el fondo va a ser el pan de la cultura aquel que juegue un papel

determinante, para que podamos superar nuestros miedos, porque a la hora de la verdad va a ser uno de los condicionantes que nos ayuden a desprendernos no solo de la vida, sino también de nosotros mismos.

Si nos fijamos bien, mucha culpa tiene el pésimo marketing que hemos hecho de aquellas cosas que nos causan cierta aversión. A la paz de nuestro dormitorio muchos la llaman aburrimiento, para después distraerse con cualquier cosa y, al lugar donde descansan los cuerpos le hemos llamado cementerios. Si en vez de llamarles de esta manera los hubiésemos llamado «*pensatorios*», el mundo no sería tal cual lo conocemos, ya que estos diferentes contextos condicionan nuestra forma de pensar. De esta manera hubiésemos estimulado más a los hombres para que visitasen con más frecuencia estos santos lugares. Lejos de aquellos pensamientos que causan espanto y desanimo, no debemos de tener la menor duda que vienen a ser en los «*pensatorios*» donde se guardan aún muchos tesoros escondidos para el conocimiento humano. Personalmente, pienso que siempre ha habido fuerzas que no han sido humanas, las mismas que de muchas maneras nos han tratado de alejar de estos santos y piadosos lugares, porque en verdad todos estos «*pensatorios*» están colmados de inspiraciones.

Poniendo como excepción un sagrario, pocos son los lugares que tiene el hombre para romper a pensar: un hospital, un psiquiátrico, un geriátrico un lecho de dolor, etc., pero pocos ayudan tanto como los campos santos. Cuando entramos a ellos, casi siempre por obligación nos causan espanto y aversión, pero no sabemos en el fondo porqué. En verdad es porque nos encontramos con nosotros mismos, pues todo lo que vemos allí viene a ser la causa de nuestro pecado. Cuando vemos tanta mortandad y esterilidad estamos teniendo una imagen privilegiada de nuestro interior. Nos podemos preguntar que hay muchas tumbas y nichos. Pues en verdad podemos decir que en cada lápida yacen cada una de nuestras ilusiones, esperanzas, diversiones, distracciones, deseos, recuerdos, toda acción de nuestra vida e incluso cada una de nuestras amistades que ya nos olvidaron.

Es por ello que, no queremos visitar por placer un campo santo, porque consciente e inconscientemente sabemos que hemos enterrado a Dios en un oscuro hueco de nuestras vidas. Por lo demás, podemos observar que todo sigue igual, pues la fosa más profunda la hemos reservado para nuestra conciencia, que se avergüenza ahora de lo que viene a ser, de lo que resta ante el mundo. Es aquí donde vemos resumida nuestra vida: Una fecha de nacimiento, unos nombres y apellidos y el día que

nos colocaron ahí, para que la carcoma del olvido nos coma como la polilla. Cada tapadera, cada lápida sigue representando esa apariencia que hemos tenido en esta vida, para esconder lo poco que ya queda de nosotros. Sólo existe un remedio contra todo esto, un remedio que hasta la misma corrupción es capaz de ponerse de rodillas y este consiste en que hayamos empleado el tiempo en esta vida dejando la fragancia del AMOR en todo lugar. A lo largo de los siglos este ha sido el testimonio de todos los santos y mártires que vivieron heroicamente las virtudes. Ellos son los que por medio de la Iglesia siguen viviendo entre nosotros dejando su suave olor.

Cuando se ama a Dios se está en paz con Él, siendo este un motivo más que suficiente para sentirse verdaderamente vivo entre tanta mortandad. Sabemos que los polos opuestos se atraen y los polos iguales se repelen. Esta es la razón por la que los cementerios no son visitados y, podemos decir aún más, pues la cantidad de personas que frecuentan los campos santos siempre ha sido proporcional a la cantidad de personas que frecuentan la Sagrada Liturgia y en estos tiempos mucho más aún. Por ello podemos decir que, bien nos haría colocar en las puertas de todos estos *«pensatorios»* : «Recuerde en su visita que, está hoy aquí, para encontrarse sólo con Ud. mismo» (Autor desconocido).

No debemos de dudar que si existe alguien que no desee que vayamos a estos lugares donde todos terminaremos, es el diablo, porque él el primero que nos hace resistencia para que evitemos pensar en el último momento de mi vida y de esta manera aprendamos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato (Sal. 89,12)

«El mal en sí viene a ser un riachuelo,
pues el caudal ya lo hacemos nosotros»

Autor desconocido.

El miedo en los pecados capitales

De igual manera que los males del mundo se originan del miedo al sufrimiento y a la muerte, los pecados capitales penden de este mismo hilo, es decir, que los pecados capitales tienen su origen en estos miedos tempranos. Estos miedos tempranos como hemos adelantado, primeramente, se daban en nuestro interior, para después terminar aflorando al medio externo.

Arrancamos este tratado hablando de la ciencia del miedo que es la ciencia del mal, para después hablar del miedo al sufrimiento y el miedo a la muerte. En verdad, en estas aproximaciones que hemos tratado de exponer, se encuentran enmarañados todos los pecados capitales. La razón por la que dedicamos este capítulo a los pecados capitales tiene como fin poder filtrar y depurar en lo posible estos miedos más tempranos.

Erróneamente se piensa que la raíz de los males radica en los pecados capitales. En cierta manera no lo podemos discutir, pero si nos servimos de una carrera de maratón para hacer algunas aclaraciones previas, podríamos comprender mejor algunas apreciaciones importantes. En este ejemplo la línea de salida de esta carrera sería el origen de los pecados capitales, pero el tiro que anuncia la salida es el miedo, que parte a su vez del pecado original. De los pecados capitales se ha hablado mucho. Lo que trataremos de hacer a continuación,

será adaptar los pecados capitales a estos conocimientos previos, evitando en lo posible resaltar lo que de ellos ya sabemos.

1. Pereza

Como hemos podido apreciar, en el caso del sufrimiento, el hombre tiene como paliativo el placer, así como la distracción y el entretenimiento se convierte en el paliativo para no pensar en la realidad de la muerte. Aunque estos paliativos parezcan ser diferentes, en verdad ambos vienen a ser lo mismo, porque el placer se termina convirtiendo en una distracción, así como la distracción se convierte para el hombre en un placer. Lo que hace que estas realidades se fusionen y se confundan entre ambas es la diversión. Este enlace entre el placer, la diversión y el entretenimiento en el mundo en un principio parece estable, pero de cierto es que esta mezcla reactiva, goza de una enorme inestabilidad para nuestra vida. Para poder romper con este ciclo, debemos de dejar caer todas nuestras ruinas, pues corremos el riesgo de volver a construir sobre ellas. No existe nada más peligroso para un hombre necio que este ciclo de placer-diversión-distracción, porque fácilmente lo termina llevando al orgasmo de la necedad. Estos paliativos que terminan fusionándose para hacerse una misma cosa, viene a ser el *opiáceo* más fuerte de todos los

conocidos. Esta combinación entre placer y la distracción es lo que conocemos por sus efectos como pereza.

No es cuestión ahora de poner en duda si es el orgullo el pecado capital más influyente para el mal, aunque debemos de recordar que Satanás pecó cuando dijo que no serviría a Dios, por tanto, a los hombres. Aquí podemos caer en la cuenta de que no sólo le parecía humillante tener que servir a una criatura inferior, sino también al mismo hecho en sí de que no serviría. Debemos ser conscientes de que no servir, no sólo implica un pecado de orgullo, pues también esta decisión está bajo el influjo de una pereza angelical o lo que nosotros podríamos asemejar o encontrar su equivalencia con nuestra conocida pereza.

Somos ahora podemos ser más conscientes de esta conexión entre la pereza y el orgullo que nos pone fuera de servicio. El servicio es una de las causas mayores que puede unir a Dios y a otras personas. Es tan fuerte el vínculo que existe entre el servicio y la unidad que podríamos decir que, ambos conceptos son sinónimos el uno del otro. Es la pereza el pecado que excluye el sacrificio y hace que cada uno vayamos por nuestra propia cuenta.

2. Soberbia.

Si recordamos, Adán y Eva se escondieron por temor cuando Dios les llamó tras haber cometido el pecado original. Como ya hemos dicho, ellos se escondieron por vergüenza, por sentirse vulnerables, por su incertidumbre e inseguridad y por su propia debilidad. Bien podríamos definir el orgullo como nuestra conciencia, vulnerabilidad, incertidumbre y debilidad vestidas de cualquier forma que no es la real.

En verdad la soberbia viene a ser esas capas que vamos creando por estos miedos tempranos que nacen con nosotros, que son los frutos del pecado original. Estas capas o estratos que se van creando, cuando tomamos consciencia de que la vida —como un caramelo— se nos arrebatata con la experiencia del sufrimiento y la realidad de la muerte. En esta última apreciación podemos decir que, es cuando el hombre se rebela contra la vida, contra Dios.

Pocas cosas le irritan al soberbio más que hablar de Dios, no solo porque se tiene a sí mismo como dios, sino porque sin ser consciente él también es enemigo de su propia conciencia, es decir, de sí mismo. Ciertamente esto no es algo que nos deba de sorprender, porque es en la misma conciencia donde Dios con su Presencia tiene su sagrario.

Debemos de ponernos en presencia de Dios en cada momento, para orar diciéndole en clave de auto consciencia que, no somos los mejores, ni tampoco queremos serlo y que nos conformamos con poder amarle todo lo que podamos.

3. Ira

Imaginemos que a un niño ya bien vivaracho se le obsequia con un caramelo. Le damos un tiempo razonable para que lo saboree y le coja el gusto. Llegado un momento, llega alguien que de repente le quita ese caramelo. ¿Cuál será la reacción de ese niño? El niño se rebelará contra ése que le ha quitado el caramelo, primero llorando y después pataleando.

La vida es muy semejante a este último ejemplo que hemos puesto. Primero somos niños y poco a poco tomamos ese sabor dulce de la vida que nos trae la inocencia (armadura espiritual) y no la ignorancia como algunos erróneamente creen. De igual manera que vino pronto, poco más tarde se nos arrebató este caramelo, comenzándose a amargar nuestro paladar por lo que vemos, oímos y experimentamos en la vida.

En este caso nuestra infancia supone una tregua de lo que más adelante supondrá el Paraíso, pero es Satanás el que nos quita este caramelo

aprovechándose de nuestra vergüenza, vulnerabilidad, incertidumbre y debilidad. Aprovechándose de estas grietas que nos deja el pecado original, nos lleva inexpertos por el sendero de la vida que es cruz y muerte.

El niño que lloraba pataleaba y con razón se rebelaba porque se le quitaba su caramelo, es el mismo que ahora se le arrebatata el dulzor de la vida. Ciertamente este último se rebela sin razón, porque Dios hecho Hombre en Cristo Jesús, padeció y murió para que sin dejar de sufrir y tener presente la realidad de la muerte pudiésemos seguir gozando. Pero, ¿qué ocurre cuando se nos arrebatata este caramelo de la vida, sin tener unos conocimientos y sobre todo un amor a Dios? Pues como resultado experimentaremos la ira, el odio, la violencia, etc.

Lo que a grandes rasgos va a suponer que se nos arrebatata este caramelo en la vida será el detonante de los índices de homicidio, siendo este el caldo de cultivo de las guerras, del terrorismo, etc.

4. Envidia

Siguiendo el hilo de estos primeros pecados capitales que hemos planteado, la envidia viene a ser una amargura ciega. Este pecado capital tiene mucha conexión con el orgullo que nos ciega. Si el hipertenso es propenso al infarto, el orgulloso viene a ser propenso a la envidia.

Decimos que la envidia es una amargura ciega, porque el hombre envidioso es un hombre atormentado por sus miedos. Ante la dificultad de encontrar una fácil escapatoria, el envidioso siente placer cuando otro sujeto padece más que él y siente mal estar cuando a este sujeto le van bien las cosas.

5. Avaricia

Las riquezas o abundancias son unas de esas estrellas que más brillo desprenden en nuestro micro universo. Mientras que nuestro interior de muchas maneras se va apagando por estos miedos tempranos, son estas estrellas las que más luz tienen, por tanto, las que más nos suelen atraer. Sin embargo, no tenemos la capacidad para darnos cuenta de que estas son otras estrellas más que deben de lucir, pero para fines muy diferentes de los que nosotros les solemos dar.

Dijimos que estas estrellas, poco más tarde dejaban de lucir para enlazarse covalentemente con nuestros miedos más tempranos. Digamos que nuestro miedo nos absorbe con tanta virulencia que en nuestra perspectiva espiritual y en nuestra inconsciencia, tenemos el acto reflejo de agarrarnos a lo que podemos. Es desde esta panorámica como podemos entender mejor la realidad del materialismo, que viene a ser en el fondo otro miedo

que nos impide conocer la realidad del mundo espiritual.

En verdad el materialismo es un miedo que queda en el sótano de nuestra conciencia que nos impide auto descubrirnos. De hecho, el materialismo es un miedo a descubrirse, una vergüenza a despojarnos de nuestras vestiduras. Es por ello que el materialismo más primitivo nos hizo escondernos de los ojos de Dios que lo veían todo en el Paraíso y, nos hizo pensar después en unas simples hojas de higuera para poder taparnos (Gn 3, 7).

Nuestro desorden imperante y nuestra falta de sencillez fue cada vez complicándonos la vida, convirtiéndose esas simples hojas de higuera en objetos brillantes con cualidades que se distinguen entre otros materiales. Poco a poco las cosas se fueron acumulando e fuimos perdiendo esa necesidad por mantenernos sobrios. Sin darnos cuenta, estas abundancias se fueron convirtiendo en otras de las muchas distracciones que hemos ido creando para poder *recrearnos*. No tardamos mucho tiempo en creer y en afirmar que el tiempo valía más que el oro, cuando el oro no valía nada y el tiempo venía a valer nada menos que salvación.

Estos objetos brillantes con cualidades excelentes han ido evolucionando a lo largo de la historia, pero la esencia viene a ser la misma para cada uno de ellos. Las propiedades podrían llegar a

ser dinero, terrenos, casas, coches, tecnología punta, etc. Podemos apreciar ese acto reflejo, esa carencia espiritual de un hombre, cuando de muchas maneras trata de sacarle brillo a sus bienes, que sin ser conscientes de que esta limpieza es la que más necesitamos para nuestro interior.

De tal manera que son muchos aquellos males que pueden estar inspirados por la avaricia, como podrán ser la deslealtad, traición deliberada, especialmente para el beneficio personal, como en el caso de dejarse sobornar. También inspira el robo, el asalto muchas veces con violencia, los engaños o la manipulación de la autoridad.

6. Gula

Cuando describimos el pecado capital de la ira, pusimos el ejemplo de un niño al que se le quitaba sus caramelos. Pues bien, va a ser el alimento y la bebida el sucedáneo que mejor se adapta a esa experiencia dulce que nos deja la infancia.

Hemos tratado de describir en este tratado de diversas maneras que lo que nos impiden todos los pasatiempos de la vida, es poder tener la posibilidad de pararnos para poder pensar. Por ello se hace necesario en el hombre parar el estómago, porque si no le llegamos a poner retenes con frecuencia con abstinencias, pequeñas mortificaciones y ayunos, el hombre sólo va a tener la inclinación o tendencia a

pensar únicamente con el estómago, es decir, según sus propios intereses que nos impiden elevar nuestra mirada a Dios.

Teniendo en cuenta esta realidad que acabamos de describir, podemos llegar a afirmar que, uno de los problemas más graves para el necio es que le vienen a sobrar raciones de pan. Esto a priori podría ofender a muchas personas, pero hoy tenemos muchos estudios científicos que avalan este hecho. Se sabe que cuando el hombre pasa hambre, viene a agudizar de forma notoria su ingenio.

Es en el ayuno, es decir, en ese parón o exceso de pan donde el hombre encuentra una disciplina para poder conocerse mejor. Es en este ejercicio espiritual que viene a acompañarse con la oración, donde uno emprende mejor esa necesidad de mantenerse en la sobriedad y poder elevarse. En esta práctica tan necesaria, el asceta toma consciencia de que es sólo la gracia de Dios la que le levanta, pero son las manos del ayuno y la oración con las que se agarra.

En la vida espiritual siempre se corre el riesgo de estancarse y estacionarse en un lugar cómodo. Ciertamente muchas veces creemos que practicamos la caridad, pero sin tener la suficiente humildad como para reconocer nuestro amor propio. Se puede decir además que caemos en el error de

pensar que hacemos oración, sin darnos cuenta que hemos caído en una rutina. Es aquí donde el ayuno nos puede ayudar a poner un punto y aparte para romper esta serie de barreras en nuestro camino. La oración y el ayuno nos limpian de muchas perturbaciones mentales y aclara nuestra alma. También es una forma efectiva de romper con nuestra pereza o con muchas de nuestras tibiezas e insensibilidades. Para todo aquel que no quiera caer en la rutina o quizá le gustaría saber si está estacionado en sus comodidades y/o tibiezas, le es recomendable esta dieta espiritual con frecuencia.

7. Lujuria

Teniendo en cuenta la influencia de los placeres venéreos como medio para aplacar nuestros miedos más tempranos y la importancia que se le da a este vicio en los diez mandamientos, exige por nuestra parte hacer un esfuerzo mayor para profundizar en este pecado. Ya sabemos que influencia tiene el placer sexual frente a nuestros miedos. También sabemos que es el sexto mandamiento el que hace referencia a la pureza —al pensamiento— y el noveno a la castidad, es decir a los actos que podamos cometer en este sentido.

Ciertamente hemos dejado este pecado capital en el último lugar para dedicarle un poco más de espacio, ya que, especialmente en estos tiempos que estas virtudes poco se conocen, por tanto, son

muchas las amenazas y las fatigas contra ellas. Es necesario dedicar un poco más de tiempo a estas amenazas contra estas virtudes, porque viene a ser la pornografía en nuestros tiempos, no una forma de expresión libre, sino en verdad una forma estratégica política para manipular al hombre. El hombre piensa que esta expresión le hace libre y es esta debilidad —no una libertad— la causa por la que han caído otras civilizaciones.

Creo que es algo que debe de grabarse primero en nuestra memoria para después procurarlo imprimir en nuestra alma. En efecto, debemos de saber que sin pureza y castidad no hay amistad, sin amistad no hay amor, sin amor no hay vida, sin vida no hay verdad y sin verdad no podemos llegar a gozar.

La pornografía viene a ser, según dicen los expertos psicólogos y médicos, la adicción más temprana que experimentan los niños, estando la media de inicio de consumo entre los 9-10 años. Esto es debido principalmente a la facilidad de acceso a este material, que comienza a ser una de las formas más cobardes que el hombre contemporáneo tiene para poder evadirse de la realidad, evitando así poder dar soluciones razonables a nuestras dudas e incertidumbres o problemas de cualquier índole, vividas en la infancia y en nuestro presente, quedando sin superar así nuestros miedos más tempranos. Por decirlo de una manera simple, la adicción que se va adquiriendo

con la pornografía, viene a ser una tapadera que nos cierra herméticamente, evitando cada vez más el contacto con la vida; con lo real.

Contextualización de los pecados capitales.

Como hemos podido apreciar, los pecados capitales se comprenden mejor bajo un mismo prisma. En un principio podemos llegar a creer que cada vicio nace de diferente raíz, pero todo cobra mayor sentido cuando somos capaces de llegar a contextualizarlos todos de esta forma. En realidad, los pecados capitales son los motores impulsados por dos generadores; el miedo al sufrimiento y el miedo a la muerte. Podríamos decir más aún, pues es el miedo el que hace trabajar estos elementos activos y pasivos. Efectivamente, estos miedos tempranos al sufrimiento y a la muerte vendrían a figurar los elementos activos y los pecados capitales figurarían los elementos pasivos.

Si no aprendemos a contextualizar los pecados capitales, nos van a seguir resultando difícil de interpretar, por tanto, más difícil será que podamos luchar contra ellos. De esta manera podemos comprender mejor la mecánica de estos pecados, siempre y cuando podamos acercarnos a su esencia, es decir, a su verdadero sentido y significado. Con esta valoración general que hemos

hecho de los pecados capitales, podemos llegar a la conclusión de que el problema del pecado viene *aguas arriba* de los mismos pecados capitales. Con ello queremos decir que, debemos de dar desde este momento mayor importancia a estos miedos tempranos. Aunque a priori pueda parecer algo inalcanzable, en un principio podemos decir que la solución más al alcance está en la educación y en la formación. Todas aquellas personas que tuviesen deseos de ser padres deberían de comprometerse con esta obligación. De cumplirse esta realidad, pronto se lo terminarían de agradecer sus hijos para que *mañana* lo pueda hacer la propia humanidad.

Podemos concluir este comentario que hemos hecho en referencia a los pecados capitales que, todos ellos se comportan como un sistema hidrodinámico. En este canal cada pecado viene a resultar un vaso donde cada uno se comunica entre sí. Esto resulta ser la teoría de los vasos comunicantes de Blaise Pascal (1623–1662) adaptada a estos principios dentro de la moral cristiana. En esta adaptación que hemos hecho, el líquido homogéneo somos nosotros y la presión que genera un émbolo es el miedo que nos mueve o marca nuestra posición en este conducto.

La capacidad de comprensión del sufrimiento junto con la consecuente aceptación de la muerte, va a suponer directamente en el hombre que la vida

llegue a ser una experiencia de crecimiento o una tortura. De esta diferencia va a suponer directamente que el hombre alcance la santidad o de lo contrario se rebele contra Dios para llegar a ser más cruel y perverso.

«Del bien se pueden ver fácilmente muchos bienes, pero al mal hay que mirarlo con mayor paciencia».

Autor desconocido.

Eufemismos del miedo

1. Miedo: Desde la persona viene a ser una incertidumbre-mentira.
2. Mentira: Desde la persona viene a ser un miedo a descubrirse.
3. Muerte: Desde la persona puede venir a suponer un miedo a afrontar la realidad. También es un miedo reflejo al fin, porque todos los fines están indexados a la muerte.
4. Sufrimiento: Desde la persona viene a ser un miedo a la propia experiencia, al momento.
5. Odio: Desde la persona viene a ser un miedo desinhibido falto de conocimiento.
6. Moda: Desde la persona viene a ser un pasatiempo que induce un miedo a no ser aceptados.
7. Apego: Desde la persona viene a ser un miedo a desprenderse de algo o de alguien.
8. Adicción: Desde la persona viene a ser un miedo a tener que afrontar la realidad sin aditivos.
9. Complejos: Desde la persona viene a ser un miedo a enfrentarnos a una realidad interior.

10. Impaciencia: Desde la persona viene a ser un miedo e incertidumbre que nos produce el suceso del tiempo.
11. Ateísmo: Desde la persona viene a ser un miedo a enfrentarse a todo aquello que tenga una naturaleza trascendente o que va más allá de los límites naturales.
12. Agnosticismo: Desde la persona viene a ser un miedo a penetrar en el conocimiento o miedo a conocer algo que lo supera.
13. Escepticismo: Desde la persona viene a ser un miedo a conocer o un miedo a amar, es un amor al que solemos ponerle límites.
14. Defectos: Desde la persona vienen a ser los primeros registros sensibles o tangibles de cada uno de nuestros miedos particulares.
15. Nostalgia-Melancolía: Desde la persona viene a ser un miedo a tener que afrontar el presente.
16. Indecisión: Desde la persona viene a ser una falta de valor para tomar ciertas decisiones.
17. Indiferencia: Respecto a la vida viene a ser desde la persona, una falta de madurez para

poder afrontar el miedo al sufrimiento y a la muerte.

18. Ansiedad: Desde la persona viene a ser un miedo oculto que no se ha superado.

19. Amargura-Pena-Nerviosismo-
Preocupación: Desde la persona viene a ser un miedo que no se ha superado o le está superando.

20. Capitalismo: Desde la persona viene a ser un miedo a desprenderse de la *seguridad* de las riquezas.

21. Hipocresía: Desde la persona viene a ser un miedo a mostrarse tal cual uno es.

22. Discriminación: Desde la persona viene a ser un miedo a que otros sujetos puedan llegar a superarnos de alguna manera.

23. Materialismo: Desde la persona viene a ser un miedo o falso refugio que nos va a impedir descubrirnos a nosotros mismos.

24. Competencia: Desde la persona viene a ser un miedo a la posibilidad que podamos ser superados.

25. Crítica: Desde la persona viene a ser un miedo a ser expuestos a un juicio.

26. Relativismo: Desde la persona viene a ser un miedo a comprender la realidad tal cual es.
27. Éxito: Lejos de la prosperidad, desde la persona viene a ser un miedo a no ser algo o alguien en la vida.
28. Pesimismo: Desde la persona viene a ser cuando se experimenta una baja resistencia al miedo.
29. Frustración: Desde la persona viene a ser cuando se encuentra en un estado de miedo, que bloquea nuestra conciencia, corazón, pensamiento y voluntad.
30. Narcisismo: Desde la persona viene a ser un miedo a mirar hacia otro lado que no sea hacia la misma persona.
31. Bienes materiales: Desde la persona son seguridades que más tarde terminan transformándose en miedos.
32. Verdad: Desde la persona viene a ser una serie de conocimientos que le aportan una seguridad que más tarde terminan transformándose en miedos.

Como podemos observar, existe una enorme diferencia en cada uno de estos conceptos que hemos enumerado, si los comparamos con el significado que el diccionario puede darle a cada uno de estos conceptos. Ciertamente podemos analizar la raíz del mal como lo hemos hecho hasta el momento en este tratado y sacar mucho provecho si uno quiere, pero que poco vamos a hacer por cada uno y por los demás si no aprendemos a llamar las cosas por su nombre.

Si hemos observado, cada una de las definiciones eufemísticas que hemos propuesto radica desde la persona. Ciertamente es en un diccionario donde encontramos cada una de estas definiciones, pero de una forma completamente diferente. Centrados en la dimensión del mal, hemos tratado de ser coherentes con la realidad centrándonos dentro de la panorámica del miedo. Esta exposición de eufemismos es una pequeña muestra de que la lista suma y sigue. En vez de seguir alargando esta lista que se haría interminable, es mejor poder exponer de forma breve que, detrás de cualquier definición dentro de un contexto dado, siempre habrá implícito un/os miedo/s enmascarados.

Es a partir de esta realidad que acabamos de definir cuando podemos trazar un perfil psicológico no solo de nuestra sociedad. Una vez visto este *vicio* que tenemos en engañarnos a nosotros mismos

para darle sólo a cada definición un significado externo, podemos llegarnos a ubicar mejor en el perfil de los agnósticos. Este agnosticismo que hemos definido aquí como un eufemismo, es aquel que desde la persona viene a ser un miedo a penetrar en el conocimiento o miedo a conocer algo que nos supera.

Ciertamente podemos decir que, si no estamos dispuestos a conocer, difícilmente podremos desembarazarnos mejor de nuestros miedos. Hay que tener en cuenta que, si no estamos dispuestos a superarnos, nuestros miedos siempre llegarán a ser más grandes que nosotros. Es por ello que para poder superar nuestros miedos sería vital que cada uno de forma particular empiece a *llamar al pan, pan y al vino, vino*, tal como nos lo viene a expresar este dicho castellano.

«Si no sabes lo que quieres es que no quieres lo que sabes, por ello, trata de purificar tu voluntad y trata también de purificar tu conocimiento»

Autor desconocido.

Falacias del miedo

Cuando nos referimos a las falacias del miedo, no solo nos referimos a aquellos gazapos que nos confunden, sino también a esa cultura del miedo que viene a tener poca utilidad y provecho para nuestro bien.

Si emprendiéramos un estudio sobre el miedo revisando recortes de prensa, artículos y en general cualquier entrada electrónica en Internet, podríamos llegar a una multitud de conclusiones. Dentro de esta búsqueda podemos decantarnos más por la parte que toca más a la psicología humana, como la más metafísica que estudia los primeros orígenes y causas. En esta parte de este tratado abordaremos estas dos vertientes, buscando en lo posible la interdisciplinaridad que tanto nos puede enriquecer, es decir, teniendo en cuenta estas diferentes perspectivas.

En primer lugar, debemos de ir cribando esa cantidad ingente de información que nos habla de la mecánica del miedo en el cerebro. De cierto podemos decir que, este tipo de información sirve solo para impresionar al lector, pues, aunque supiésemos mucho de medicina, todo esto en nada nos aprovecha. Esta mecánica no nos sirve de nada para comprender el miedo, por tanto, podemos deducir que si no nos sirve para comprenderlo, de ninguna manera nos servirá tampoco para poder superar el miedo. Creo que viene al caso advertir

también que toda sobre información va a crearnos una incertidumbre mayor. Esta incertidumbre nos lleva a un estado mayor de inseguridad que nos va a inducir más miedo. El recuerdo y la intensidad de estos miedos dependerán de muchos factores. Es por ello que en la lucha contra el miedo siempre será muy necesario ser parcos en las noticias de cualquier tipo. Quizá a muchos les vendría muy bien ponerse en barbecho un tiempo para probar si encuentran mayor paz y sosiego. Esto tiene mucho sentido porque absorber cada día una cantidad considerable de noticias contribuye a una turbación.

Debemos decir que uno de los mayores errores en la lucha contra nuestros miedos, es no aprender a ponerle rostro. Ya dijimos en nuestra introducción que hablaba de la ciencia del miedo, que éste es una herramienta que usa Satanás para destruirnos. Por tanto, es este enfoque que debemos de dar a nuestro miedo. Es difícil luchar contra algo que no nos gusta si no sabemos ponerle un rostro. De esta manera, se arranca el valor para hacer frente a nuestro miedo, para evitar que ocurra lo que se convierta e incluso en una patología, según defienden algunos.

Con esta apreciación que acabamos de hacer, denunciando que no sabemos ponerle rostro al mal, solemos caer en una verborrea que poco nos beneficia. Ciertamente, para muchos, ponerle este

rostro al mal les puede ocasionar un miedo aún mayor, pero aquí se abren dos opciones posibles; seguir con nuestro miedo o hacerle frente de esta manera, para superarlo definitivamente. No tiene lógica que en la infancia nos metieran miedo con personajes oscuros y que de adultos hallamos optado por *olvidar* todo esto. Debemos de pensar que de esta experiencia nos queda un remanente muy real que tarde o temprano debemos hacerle frente para aprender a superarlo. Ciertamente podemos decir que, una de las estrategias más astutas de las fuerzas de la oscuridad es evitar todo lo posible darse a conocer, porque ellos saben que lo desconocido da más miedo que aquello que se conoce.

No planteamos este tema como algo trivial en este capítulo, pues debemos de concienciarnos que la oscuridad es una cuestión tan transversal en el miedo como el sufrimiento y la muerte. De hecho, podemos decir que es la oscuridad el primer enemigo que debemos de plantarle cara. Podemos decir que en la ausencia total de amor, es cuando la oscuridad, el sufrimiento y la muerte se dan la mano. De lo que nos hayan podido contar del infierno lo debemos de borrar todo. Si somos capaces de hacernos un «reset», debe de ser para tomar consciencia de que es necesario creer en ese infierno. Todo tiene su lógica y decimos esto porque el que no cree en ese infierno después de la vida,

tiene la desgracia de irse creando un infierno en esta vida por anticipado. Dicho de otra manera, se puede decir que o bien tenemos la opción de creer que hay un infierno para los que no aprendieron a amar a los demás y/o también está la opción en su defecto de crearnos en esta vida nuestro propio infierno, para después juntarse con el definitivo.

Todo aquel que se ha criado en un ambiente libre de personajes oscuros o no ha sido castigado en lugares oscuros, puede tener la enorme gracia de creer en la fuerza de la oscuridad en su etapa de adulto. Las personas que han tenido la desgracia de vivir en el caso opuesto más tarde evaden esta realidad, confirmándose ellos mismos de que todo esto es pura ficción. Ciertamente es aquí donde descubrimos una doble hoja afilada, pues en primer lugar nos volvemos incrédulos y por otro lado descubrimos que el miedo puede servirnos a su vez para poder conseguir algo de los demás. De hecho, cuando no mueve el mundo el amor, lo mueve el miedo y es de esta manera como solemos ser subyugados para hacer lo que no queremos.

Debemos de descubrir por nosotros mismos que no hay valor si no hay amor, ni tampoco hay amor si no hay valor. Al respecto no tenemos otra alternativa y debemos de *quemar las naves*. Esta última expresión acuñada por Alejandro Magno (s. IV a.C) ha sido sinónimo de lanzarse a por un objetivo a la

desesperada, renunciando a la posibilidad de dar marcha atrás ante un eventual fracaso. Alejandro Magno desembarcó e inmediatamente mandó quemar todas las naves. Cuenta Campuzano que mientras su flota ardía, el líder macedonio *«reunió a sus hombres y les dijo: Observad cómo se queman los barcos... Esa es la única razón por la que debemos vencer, ya que, si no ganamos, no podremos volver a nuestros hogares y ninguno de nosotros podrá reunirse con su familia nuevamente, ni podrá abandonar esta tierra que hoy despreciamos. Debemos salir victoriosos en esta batalla, ya que solo hay un camino de vuelta y es por el mar. “Caballeros, cuando regresemos a casa lo haremos de la única forma posible, en los barcos de nuestros enemigos”»*. De cierto podemos decir que pocos ejemplos en el combate podemos encontrar que muestren tanto coraje y gallardía como este. Este es el ejemplo por excelencia que debemos de seguir. Si tomamos perspectiva de la realidad en esta batalla, tenemos a un ejército cobarde, pero un hombre decidido a ganar si o si. De pocos útiles se sirvió Alejandro Magno más que una llama y unas velas, para poder estimular el ánimo de los combatientes. Bien podríamos decir que Alejandro Magno en este sentido tuvo una imagen muy semejante a la de Cristo, que nos abrió camino en medio de la oscuridad del mundo, para dar luz al misterio del sufrimiento y de la muerte.

Hasta aquí podemos deducir que nuestros enemigos —es decir—, aquellos que nos inducen miedo, van a ser carne, mundo y demonio. De cómo hagamos frente a estos enemigos nuestros, dependerá la posibilidad de superar nuestros miedos. Recordemos que de tres maneras ataca el mundo a los soldados de Cristo: nos halaga para seducirlos y/o nos atemoriza para doblegarlos o nos desautoriza, para terminar desacreditados. De esto pende que el mal y la corrupción en el mundo se retenga o se extienda, pues el miedo puede hacer que la persona termine evitando hacer el bien.

Bajándonos de ese espacio del universo donde nos encontramos primeramente estrellas y agujeros negros, es preciso poner ahora los pies en tierra. Podemos decir al respecto que ahora nosotros somos como un inmenso mar, como un amplio océano. Nuestra conciencia representa esta agua clara o turbia. Nuestra vulnerabilidad es esa limitación de la profundidad de nuestras aguas. Nuestro pensamiento viene a ser ese ir y venir del agua de un lado a otro y nuestra debilidad es nuestra propia consistencia. En esta representación nos encontramos definidos los hombres, expuestos siempre al temporal y a las condiciones atmosféricas y a los seres desconocidos que acechan otro peligro. En el mundo es donde estamos asentados, aunque nos queramos evadir de muchas maneras esta realidad, pero podemos aprender a estar en él como

si no estuviéramos. Va a ser la luna aquella que con sus magnetismos represente nuestros deseos y pasiones que no podemos ignorar o evadirlos de ninguna forma. Si algún día queremos ser padres, debemos de aprender hoy a educar nuestros deseos como si fuesen nuestros propios hijos. Nos queda hablar por último del astro rey que nos da su luz. Es el sol aquel que puede iluminar nuestras tinieblas; es el que representa la fuerza de nuestras virtudes.

Hasta este punto podemos decir que hemos hablado poco de las falacias del miedo, pues esta introducción que hemos hecho en este capítulo nos sirve mucho como referencia. Nos sirve mucho como referencia, porque no es de las falacias que se hablan las que más nos deben de alarmar, sino de aquellas que de muchas maneras se omiten o se ocultan. El mal por omisión en muchas ocasiones abunda más que el mal que se llega a perpetrar.

Hay que decir que muchos de estos males no se hacen con plena conciencia. Por ejemplo, encontramos un estudio que se hace con niños para poder estudiar el miedo en sus primeras fases. Este estudio llega a dos conclusiones de las cuales no se extraen otras más profundas, es decir, que apenas solo se ciñen a los resultados. En este estudio se llega a la conclusión que los niños sobreprotegidos en la infancia suelen ser más miedosos y que los niños que han ido a la guardería respecto a otros

que no han tenido esa experiencia tienen menos miedo. Desgraciadamente no tenemos la capacidad aceptable para hacer un análisis en el que podamos ser conscientes que el factor amor o el factor relación-hombre es determinante a la hora de ser más o menos temerosos. Los padres que han sobreprotegido a sus hijos no han sabido cuidarles en un amor en libertad, evitando de esta manera la posibilidad de tener que apegarse a sus hijos. Recordemos que en los eufemismos que hemos propuesto, el apego es un temor que por ósmosis termina impregnando a otros sujetos. Por otro lado son las relaciones aquellas que refuerzan nuestra confianza a la hora de superar nuestros miedos. En definitiva, se puede decir en muchas ocasiones que, por ser políticamente correctos no llegan a ser capaces de dilucidar conclusiones que puedan ser un poco más comprometidas. Recordemos que aquí no solo están influyendo factores en los que influyen las muchas distracciones en las que nos vemos sometidos, que son las que vienen a determinar nuestro grado de concentración indispensable para poder recibir la inspiración del Espíritu en la oración y también en el ejercicio de la escritura, especialmente la espiritual. Otros factores como nuestro egoísmo llegan a cuestionar seriamente las conclusiones finales de estos estudios que suelen quedarse en la epidermis del origen del miedo, es

decir, en la capa externa donde queda oculto el origen del mal.

Aprovechamos la coyuntura también para comentar aquella falacia de que los pobres del tercer mundo tienen menos depresiones por el hecho de ser pobres. De nuevo aquí tenemos otro ejemplo que nos sirve para que tomemos consciencia de que nos quedamos con la cascara de la fruta sin llegar a ser capaces de comernos lo bueno, lo que verdaderamente tiene provecho. Ciertamente a la mayoría no les importa muy poco la felicidad los hombres del tercer mundo si para ello tienen que renunciar a sus riquezas y demás bienes. Por norma nos quedamos de nuevo en lo superficial, pues la pobreza no es propiamente lo que les hace felices, aunque es ciertamente es una de las razones. La pobreza les ayuda a que entre ellos no tengan estorbos o barreras para poder amarse y este amor autentico les libera de sus temores. No es la pobreza directamente la razón de su alegría, es el amor que les permite su pobreza, que es la que indirectamente los viene a liberar de sus miedos.

Es en los foros científicos donde nos encontramos con afirmaciones como que el miedo viene a ser una emoción indispensable para la supervivencia. Si ellos mismos son los que definen el miedo también como algo irracional ¿Cómo podemos sobrevivir con esta emoción? Esta ciencia

nos dice además que el miedo se encarga en muchas ocasiones de hacernos conscientes de los peligros externos que nos pueden amenazar. Esto en cierta medida podría ser completamente cierto si no existiera como tal la virtud de la prudencia. Con ello queremos decir que es el instinto animal que tenemos aquel que llega a complementarse con la virtud de la prudencia que viene de Dios, los que nos hacen creer que el miedo tiene todos estos beneficios para el hombre. Se corroboran estos argumentos que acabamos de aportar cuando dicen que «El miedo, comenzó siendo algo positivo en las sociedades prehistóricas, que salvaguardaba a nuestros antecesores de peligros como los depredadores, las inclemencias del tiempo y demás amenazas, colaborando así en la supervivencia de la especie». Teniendo en cuenta el objeto que nos ocupa, debemos de ser apologetas de las virtudes y de los valores humanos, pues teniendo en cuenta el mal que ha acarreado el miedo en el hombre a lo largo de la historia, en este pequeño tratado se puede decir que sería negligente defender o ponernos de parte de esta opinión; una opinión en la que estoy convencido que no es defendida por toda la comunidad científica.

Desde la filosofía también podemos encontrar respuestas varias sobre el origen del mal. Podemos decir al respecto que a lo largo de la historia encontramos consideraciones antiguas y otras

medievales que sirvieron de trasfondo para muchas especulaciones metafísicas. En este grueso de aportaciones que se han hecho, podemos decir de ellas que son puramente racionalistas. Este racionalismo ha llegado a ser tan puro que a decir verdad se fueron olvidando de las cuestiones prácticas. Si tenemos en cuenta aquella expresión en la que debemos de temer al hombre de un solo libro, ante el hecho de poder encontrar el origen del mal, se debe de estar fundamentado necesariamente en la vía pluridisciplinaria. Esto quiere decir que para encontrar el origen del mal es necesario estar dentro y fuera de la ciencia, la filosofía e incluso de la teología, de lo contrario será fácil errar y volver a cabalgar en una o en muchas de las falacias que se han escrito al respecto a lo largo de la historia en relación al origen del mal. Con esta apreciación que acabamos de hacer, queremos poner de manifiesto que, es necesario armonizar los campos del saber, porque la verdad está presente en todas ellas, aunque ciertamente de una forma diferente.

También encontramos pensamientos muy buenos que van abordando el origen del mal, aunque en cierta medida no dejan de ser parciales. Sócrates identificaba a la bondad con la virtud moral y a ésta con el saber. «La virtud es inherente al hombre que es virtuoso por naturaleza y los valores éticos son constantes, por lo tanto, el mal es el

resultado de la falta de conocimiento». En cierta manera Sócrates describe la forma como se puede acabar con el hambre, pero tampoco viene a ser consciente de porque padecemos este mal. Teniendo en cuenta esta perspectiva, este gran filósofo tan dedicado al conocimiento hubiese sido más amplio en su perspectiva si nos hubiese definido el miedo como el hambre de conocimiento.

Por último, dejamos quizá uno de los aportes más metafísicos que más prácticos se han hecho en nuestros tiempos para dar explicación al origen del mal. Se ponen varios ejemplos con la luz y la oscuridad, el frío y el calor, etc. Nos damos cuenta de que tanto el frío como la oscuridad no pueden ser estudiadas por la ciencia, por tanto, la oscuridad es ausencia de luz y el frío es ausencia de calor. Por esta sencilla lógica, sabiendo que el mal no tiene ser por sí mismo, el mal es por tanto una ausencia de bien. Ciertamente todo esto es hermoso porque en verdad todo mal deriva de nuestra distancia con respecto a Dios. De esta manera se explica el mal, pero lo hermoso nos hace olvidarnos de nuevo de lo práctico, de la realidad del miedo. En cierta manera podemos aceptar que el mal es ausencia de bien, pero toda esta explicación simplista se convierte en una falacia, cuando se ignora o se suprime la influencia del miedo en la naturaleza humana. Aunque sabemos que la persona que viene a formular estos pensamientos no es consciente de

esta realidad, bien sabemos por definición o experiencia que una verdad a medias no deja de ser una mentira.

Por último, terminamos con una falacia que en la sociedad ya viene a clasificarse como un clásico entre los clásicos. Dice el dicho popular que los cristianos creemos en Dios, porque tenemos miedo a la muerte. Muchos de nosotros somos conscientes de esta falacia, porque si hay que decir con alta voz que ciertamente son astutos los hijos de las tinieblas. Ellos no saben que, gracias a Dios la muerte está muy presente, como es preciso que sea en nuestro pensamiento diario para muchos de nosotros. Pero bien sabemos también que es más sano y denota un valor por nuestra parte poder hacer este ejercicio todo lo posible ante aquellos que cobardemente se evaden de la realidad de muchas maneras para evitar pensar en ella. Por ello los cobardes son aquellos que no quieren pensar en esta realidad y los valientes son aquellos que de muchas maneras cada día le hacemos frente preparándonos en la medida de lo posible para este momento inevitable.

«El surrealismo camuflado en el saber,
es el quiste que no sabemos reconocer,
ocasionado por el cáncer del “*todo vale*”».

Autor desconocido

Temor de Dios

Para ir concluyendo este pequeño tratado es preciso ir dando paso a la parte más práctica. Como podemos observar, es preciso dedicarle un espacio especial al Temor de Dios, que viene a ser uno de los siete dones que podemos recibir del Espíritu Santo cuando somos confirmados, después de haber recibido los primeros sacramentos. Para ser más exactos podemos decir que el Temor de Dios es un sentimiento de respeto reverente, de consideración al Ser Supremo, a Dios, que nos inhibe o impide que nosotros pequemos contra Él.

Podemos comparar esta realidad de curarse de un miedo con otro temor a cuando manchamos nuestra ropa con una mora madura. Esta mancha resultaba ser demasiado resistente y aunque antiguamente no existían productos químicos como los de ahora, se tenía conocimiento que esa mancha se quitaba con otra mora blanca que aún no había madurado. De esta misma manera nos podemos limpiar de nuestros miedos gracias al Temor de Dios.

Iniciamos nuestro tratado anunciando que el miedo como origen del mal venía a ser de una forma parcial, ya que el detonante que hizo detonar este miedo fue debido a una falta de obediencia a Dios. Cuando la Serpiente antigua nos engañó, tuvo claro que tenía que derrocar ese Temor de Dios que gozábamos en un estado original. En realidad, la desobediencia no fue la causa directa de nuestro

miedo, sino que fue el distanciamiento entre Dios y el hombre tras esta desobediencia. Con ello queremos decir que la obediencia infunde Temor de Dios, que es el principio de Sabiduría (Prov 9, 10), que viene a ser otro don del Espíritu Santo.

Es aquí donde encontramos la fórmula más efectiva contra todos nuestros miedos, primero en el Temor de Dios y después por añadidura recibimos la medicina de la Sabiduría o el pan del conocimiento de Dios, tal como también lo hemos llegado a definir en nuestro tratado. La sabiduría viene a ser esa luz en medio de la tiniebla de la mentira del miedo. Podemos apreciar lo importante que es la sabiduría, para caminar por el valle tenebroso de esta vida y lo importante que resulta la obediencia para poder adquirir esta valentía.

La obediencia es junto con la castidad y la pobreza uno de los consejos evangélicos. Si la obediencia infunde valor, también es importante que sepamos que la castidad nos procura una mejor comprensión y limpieza de nuestros sentidos, para poder aquilatar mejor la sabiduría, así como la pobreza que en este caso se identifica con el desprendimiento. Por tanto, podemos decir que estos tres consejos evangélicos deben de estar presentes en la vida del cristiano, pues vienen a ser los ingredientes necesarios para superar

eficazmente todos nuestros miedos más tempranos en el que otros miedos arrancan como raíz.

No debemos de tener duda de que este don del Espíritu es remedio para todos los males, pues el que teme a Dios, la muerte no le subyuga «En el temor de Dios está la fuerte confianza; y esperanza tendrán sus hijos. El temor de Dios es manantial de vida, para apartarse de los lazos de la muerte» (Prov. 14, 26-27).

Si tenemos en cuenta que el miedo es una incertidumbre, una mentira, es el remedio de la confianza lo que hará amanecer en nuestra vida un Sol de esperanza, que viene a ser para nosotros Jesucristo Muerto y Resucitado al tercer día. Es aquí donde tomamos el candil de la fe, esa virtud teologal junto a la pureza que tanto necesitamos, para poder vivir en la transparencia de la sana razón, que debe de dejar penetrar en nosotros en cada momento la Luz de la Verdad. Sólo de esta manera se posibilitan los medios para que pueda existir una relación entre Dios y el hombre, por tanto, también entre nosotros los hombres. Es en este momento cuando el hombre se abre, para darse de verdad. En la medida de nuestro esfuerzo y de nuestro sacrificio diario es posible quebrar ese aguijón que tanto nos aflige ante la realidad de la cruz y la muerte.

Es el amor aquel que nos ayuda a superar la vergüenza de nuestra conciencia, porque nos

infunde confianza. Repara en todo momento nuestro corazón vulnerable, porque es ungüento para nuestras heridas. Sofoca las incertidumbres de nuestro pensamiento, porque en Él encontramos la certeza. Fortalece la debilidad del corazón, porque nos ayuda a aceptar finalmente lo que verdaderamente somos.

Ciertamente el Rey Salomón nos dice que del Temor de Dios nace la Sabiduría, pero de este don podemos decir que surgen también los demás dones que son Ciencia, Inteligencia, Piedad, Consejo y Fortaleza. En el siguiente versículo podemos apreciar esta diversificación entre el Temor de Dios y el don de Fortaleza *«Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo»* (Hch. 9:31).

Sabiendo que el Temor de Dios tiene una relación directa con la obediencia, podemos decir que si no existe la virtud de la humildad, nunca podremos gozar de este maravilloso don de Dios. Es por esta razón por la que hemos hecho una especial insistencia para poder tomar consciencia de la necesidad de esta virtud para luchar contra nuestros miedos. Mientras no lleguemos a practicar la humildad, no podremos gozar del don de Temor de

Dios, con lo que mientras tanto se puede decir que todas nuestras virtudes quedarán inhibidas.

Las Escrituras nos exhortan expresiones fuertes en referencia al temor de Dios como cuando nos dice que «el temor de Dios está la fuerte confianza; y esperanza tendrán sus hijos. El temor de Dios es manantial de vida, para apartarse de los lazos de la muerte» (Prov 14, 26-27). «Con misericordia y verdad se corrige el pecado y con el temor de Dios los hombres se apartan del mal» (Prov. 16, 6).

Existen un gran número de formas de vencer nuestros miedos de los cuales hemos ya enumerado muchos en este tratado. La lectura, la escritura y poder compartir conocimientos es esencial, porque la creatividad también expulsa nuestros miedos. Podremos llegar a superar nuestros miedos por medio de la oración y mejor si se acompaña con el ayuno.

Son muchos los caminos que podemos tomar y entre ellos esta, el sacrificio que modela nuestra madurez humana, el estudio, la vigilancia, la meditación y la posibilidad de mortificar si fuese necesario nuestras pasiones, como, por ejemplo, la tristeza. Estos citados entre otros como el canto y el baile, serán los remedios necesarios para superar los miedos, aunque debemos de concienciarnos de que todo miedo se debe de superar siempre haciéndole frente. Aunque volvamos a reincidir en

las mismas palabras del principio, el remedio está hecho para el fin, pero el fin se conseguirá siempre dando pasos al frente. En este proceso podremos estar inclinados al error, pero tal como ya hemos adelantado siempre serán preferibles cometer mil errores en la vida, antes que dormirse en nuestros miedos que hemos podido convertir en comodidades y distracciones, para terminar, haciendo nunca nada.

Vivir el presente nos hace de ancla, para evitar el temor al sufrimiento y a la muerte, pues cada día trae su propio afán (Mt. 6,3). «Más bien, mientras dure ese «hoy», animaos unos a otros cada día, para que ninguno de vosotros os endurezcáis por el engaño del pecado» (Hb 3,13).

Para poder encontrar ánimo para nuestros miedos, debemos aprender a descubriarnos ante otros, porque es nuestro testimonio verdadero el que nos puede ayudar a sacar brillo a la virtud de la fortaleza.

Todos debemos de aprender a hacer florecer nuestro desierto, porque allá donde parece que no hay nada, está todo y el secreto está en el trabajo y en el servicio. Buscamos la felicidad en los demás con ojos que necesitan una cura, antes que hacerlo primero en nosotros, siendo este un gran error. Esto es una realidad porque los demás hacen lo mismo con nosotros, partiendo de que estamos vacíos de

todo y llenos de nada.

La cuestión más nuclear de seguir padeciendo nuestros miedos se debe a que debemos de cambiar en nosotros la palabra «dame» por la expresión «te quiero».

La Sabiduría es como una mujer que nunca queda estéril, pues tarde o temprano ella también nos da hijos.

«Quien ama la templanza es sencillo.
Quien ama la prudencia es sabio.
Quien ama la fortaleza es alegre.
Quien ama la justicia es manso».

Autor desconocido.

Un día anocheciendo
encerrado en el cementerio

En una tarde fría y gris de enero del año 2008, me dispuse a dirigirme al centro de la ciudad que me ha visto crecer que es Alcalá de Henares (Madrid) para poder confesarme, exactamente en la capilla de Hospitalillo de la Calle Mayor. Este es un lugar de culto muy conocido, por ser uno de los primeros hospitales de la época donde san Ignacio de Loyola alternaba sus estudios en la Universidad Cisneriana con sus labores como cocinero.

Después de hacer allí mi penitencia, salí de la Iglesia para seguir la marcha, aunque ese día debo de decir que ocurrió algo inusual, pues al salir con tiempo, le dije al Señor en mi corazón que guiase mis pasos donde Él deseara.

Subiendo un puente en el que hace muchos años fue un antiguo paso a nivel del ferrocarril, me pareció buen camino para poder retornar aquel día a mi casa. Siendo casi las 18:00 de la tarde, bajando el puente, me encontré la puerta del cementerio viejo de esta ciudad, abierta de par en par. En aquel momento, noté un bulto en mi bolsillo, cayendo en la cuenta que era mi prontuario de oraciones. Pude saber que el Señor me invitaba en aquel momento a rezar por las ánimas benditas del purgatorio. Concentrado en hacer todas las oraciones, exceptuando el Santo Rosario que en la mañana lo recé en casa, me introduje entre las lápidas y nichos y comencé haciendo algunas oraciones mentales,

para que el Señor tuviese misericordia y elevase así a algunas almitas del purgatorio al cielo.

Era aún de día, pero había un gran estruendo en las aves que moraban en aquellos cipreses, cuando me dirigía a la única puerta del cementerio, pues, aunque no hubiese visto mi cara en aquel momento, me hubiese gustado hacerle una foto. La imponente puerta metálica hecha con tanta maestría estaba completamente cerrada. ¡! ¡¡Santo Dios!! ¡! Estoy encerrado en el cementerio ¡!.

Cierto es que esta es una experiencia que muchos se hacen una idea muy reducida, como servidor hasta ese momento pude tener. Al verme atrapado en aquel aparente mal sueño, no hizo falta pellizcarme —como se suele decir—, para saber que todo era muy real.

La reacción, ante aquel portón metálico fue como un rayo ¡! Mi móvil ¡!, ¡! Claro ¡!, Telefonee a la policía y explicándole mi situación a la telefonista, que trataba de convencerme para dirigirme a otro número de teléfono para que viniesen a abrirme, percatándome en ese mismo momento que me quedaba solo una rayita de batería en el teléfono. —¡! Por Dios señorita ¡!, Me queda poca batería y me veo durmiendo aquí, haga el favor de llamarlos usted. Ella amablemente cayó en la cuenta y me dijo que llamaría a la policía para que pudiesen abrirme.

Sin darme cuenta en esos minutos de duda e incertidumbre, ya empezaba a caer la noche y comenzó a caer una lluvia, aunque gracias a Dios, era bastante suave. Comenzando a mirar alrededor, vi que mi vista ya no alcanzaba a observar el otro lado del cementerio y en este momento comenzó mi experiencia que creo que las almitas del purgatorio quisieron compartir conmigo.

De repente miraba los muros y la enorme puerta para poder estudiar una vía de escape, un lugar por donde escalar para salir de aquel tenebroso lugar, donde algunos dicen, sin haberse visto en la situación, que no pasarían ningún temor.

¡! Santo Dios ¡! Mis tentaciones eran muchas, pues no podía evitar perder la calma y empezar a subirme con mi imaginación por los nichos de la pared, que rezumaban ese líquido de los cuerpos en corrupción. Comencé a pensar que existía la posibilidad de que se olvidasen de mí por alguna mala gestión típica en la administración. Lo peor de todo, es que a medida que pasaban los minutos, caía aún más en la tentación del temor, pensando en la posibilidad de entrar en un estado de shock.

Para intentar calmar mí turbado espíritu, comencé a caminar cerca de la puerta del cementerio, vagando alrededor de aquel portón en el que no pasaba ninguna persona, ya que este cementerio se encuentra en un lugar bastante

arrinconado de la ciudad, aunque ocasionalmente pasaba un coche cada 10 o 15 minutos. Y esta situación comenzó a ser un gran tormento para mí, ya que cada luz que veía acercarse pensaba que era para rescatarme de aquel lugar. Pasaba un coche, y otros coches más, pasando de largo una y otra vez, estando ya la noche encima, pensando que cada coche con su luz podría ser alguno de ellos mi auxilio.

Tras hacer algunas oraciones, dejé de tener miedo, pues de alguna manera supe que las almitas buenas me estaban devolviendo el favor de las oraciones. De repente, cobré mayor serenidad en aquel lugar, donde el Señor de alguna manera también me puso a prueba y, entonces apareció el coche patrulla con aquella luz típica de la policía local, ¡! Venían a por mí ¡! ¡! Gracias a Dios, por fin rescatado ¡!

Abrieron aquel enorme candado con sus correspondientes cadenas y con el espíritu más sosegado pude salir. Justo en aquel momento, tuve plena consciencia de lo que supuso esta prueba para mí, mientras la policía me solicitaba la documentación. A la policía les decía que, procurasen no pasar por el purgatorio, y mientras me observaban con ojos extraños, concluía diciéndoles que esta experiencia era una llama muy candente para el alma.

Desde aquel día, me propuse con mayor firmeza mi camino de santidad, sin tener vergüenza en decirlo a quien sea, para evitar este estado o lugar transitorio en el que el Señor y las almitas del purgatorio me invitaron a vivir durante algo más de dos horas. Para aquellos que no lo crean, así es como sucede en el purgatorio, pues todas las almitas esperan con angustia, con mayor o menos paciencia su día en que venga su lucecita que en este caso será su ángel para poder recogerlas de este lugar penoso, para que puedan ser ya eternamente salvas y felices ante la presencia de Dios.

Una noche velando en el cementerio escondido
en una fosa rezando el Santo Rosario

Muchas veces de una manera torpe me he considerado un guerrero de Cristo, aunque en verdad por desgracia soy un pobre aficionado. Para que me entienda mejor mi juventud, soy un *piltrafilla* de guerrero; un guerrero que en este caso en vez de leer tantos libros de caballería como nuestro caballero andante don Quijote, hice más bien uso de la propia Escritura y de los Evangelios para poder hacer lo que buenamente estuvo en mis manos, pero si se me permite bajarme al llano, yo soy solo un simple y pobre servidor.

No sé si para algunos esta historia real que voy a tratar de relatar será una historia de coraje, porque son muchos aquellos hombres en este mundo que ven todo con indiferencia y que sobre todo son capaces de solucionar cualquier cosa del mundo desde su propio sofá con un mando a distancia.

También me reconozco un aficionado de guerrero de Cristo, porque en esta lucha donde sentí que estuve luchando junto a la Iglesia militante, purgante, y triunfante creo que cometí muchos fallos. Era evidente que en esta guerra no podía preguntar a nadie como debía de hacer mejor las cosas, porque tuve por seguro que nadie me iba a querer asesorar de ninguna manera en hacerlo. Ni siquiera pude contar con un escudero como el grueso Sancho Panza, porque con mucha posibilidad no hubiese podido emprender esta loca misión que

desde el cielo supe poco a poco que me llegó al corazón.

En un principio mis fallos no los comprendía como los trataré de interpretar ahora, simplemente eran fallos que aparentemente no tenían rédito, donde el único provecho aparente era sólo el recibo del mal. Es por ello que, esta historia que voy a relatar que ocurrió el viernes 30 de enero del año 2015, después de hacer un tiempo de reflexión y discernimiento, que tiene dos partes que fueron en primer lugar el poder sepultar mi cuerpo en un humilde sepulcro vacío en el cementerio viejo de esta localidad, y su posterior batalla contra los demonios y a una hora de la madrugada del día siguiente tener la terribilísima experiencia de ser abandonado por Dios en medio de un cementerio, que fue el mayor temor que tuve antes de emprenderme en esta empresa.

Después de haber relatado previamente la corta historia de haberme quedado encerrado en el cementerio unas horas otro frío mes de enero del 2008, creo que para Dios por mi parte le quedaba una cuenta pendiente que debía de superar, pero no todo se trataba de una simple cuenta que quedaba pendiente, pues el Buen Dios en este hecho por la obediencia nos quería prometer la Instauración del Reino del Amor.

Unas semanas antes tuve la oportunidad de leer un libro del teólogo alemán Anselm Grun «*La sabiduría de los padres del desierto, el cielo comienza en ti*» (*Autor heterodoxo*). En este libro tan interesante el autor nos relata que san Antonio Abad, uno de los primeros padres del desierto eligió morar entre los sepulcros, porque sabía que era donde estaban los demonios. Fue a través de estas experiencias donde san Antonio no sólo se hizo santo, sino que también adquirió su sabiduría, en la lucha y en las tentaciones.

Yo digo como aquel polímata prestigioso J.H Poincaré que la casualidad es el nombre que le damos a nuestra ignorancia y este libro no cayó en mis manos por puros escrutinios del azar. Digo esto porque en aquellos momentos ya me propuse escribir el presente tratado sobre el miedo como origen del mal. Tengo por seguro que muchas personas podrán pensar que tuve un acto de coraje para poder terminar este libro casi de una forma apoteósica, pero mi debilidad humana y mis miedos me lo hubiesen impedido por completo como persona, por ello creo necesario después de esta aclaración poder exponer como tuvo lugar esta locura de tan alto valor pedagógico.

Nos remontamos al día 23 de diciembre donde como era de costumbre comenzaba mi ayuno de dos días a base de líquidos. Recuerdo que en

aquellos días estuve pensando en los cementerios como un lugar tranquilo donde poder hacer algunas últimas meditaciones para terminar el presente tratado. Recuerdo también que ese día compré una vela roja para llevarla al cementerio el viernes de dolores y al día siguiente sobre las diez de la mañana allí me hice presente. No son muchos los que me conocen, pero desde el 27 de julio del año 2014, para mi desgracia de que mi Sr. Obispo no le agradase, aunque a la vista de poder ser consagrado más adelante, visto unos hábitos que me he confeccionado personalmente. Con esto quiero decir que mi presencia en el cementerio pasaba completamente desapercibida. A los ojos de los demás, sólo veían a un hombre vestido de medio fraile con su capellina, su cruz y con un Rosario en la mano. Sentí aquel día muy desde el fondo del corazón poner aquella vela a la puerta del cementerio, para todos los difuntos y mirando de un lado a otro me puse de rodillas y besé el campo santo.

Ciertamente tengo que reconocer que hubo una fuerza interior que me llevo allí, creo que, en aquel día, el Señor me pidió dos cosas: rezar el Santa Rosario por las almas del purgatorio y tras esta oración, sentarme en un frío banco para hacer alguna reflexión. Sinceramente, aunque fuera de día y hubiese de vez en cuando algo de gente, quisiera compartir esta reflexión, donde se puede apreciar

que en aquel momento no me sentía muy cómodo, pero la comparto también aun siendo muy torpe y pàrvula, porque creo que tenía un fuerte carácter profético:

23 de enero de 2015

Vengo en ayunas desde ayer al cementerio viejo. Tengo enterrado a mi abuelo paterno aquí, pero he venido hacer una visita muy especial, he venido a verme a mí mismo. Esta madrugada pensando en ello, quería morirme de espanto y hoy aquí he ido descubriendo que estoy cubierto de tierra. Mi conciencia guardaba cosas que ni imaginaba que podrían estar ahí. Al entrar al cementerio he besado el suelo, pues piso terreno sagrado. Sí, he venido a visitarme esperando recibir una luz, de la misma manera que las ánimas esperan esa luz que las lleve al cielo.

En lo sucesivo quisiera hacer una visita a la semana para desenterrar mi conciencia, mi pensamiento, mi corazón y mi voluntad. A Dios le ruego para que esta tarea pueda ser de provecho en un mundo que esconde la realidad de la muerte con sus distracciones, placeres, comodidades y tantos útiles inútiles como la televisión y tantas cosas que no ayudan a que podamos ser personas de verdadero provecho.

Como se puede comprobar en esta reflexión tuve intención de venir los viernes de dolores. Pero esta misma semana ocurrió algo un poco extraordinario y es que alargué mi ayuno al domingo. Aquella cita que me propuse cada viernes me provocaba cierta aversión, más después de esta reflexión tan fuerte que hice sobre mí mismo, pero creo que el acto piadoso de rezar por las ánimas y la posibilidad de seguir recopilando alguna reflexión o pensamiento que pudiese conducir a alguna persona a la metanoia por medio de este tratado, podía merecer la pena.

Pero fue el domingo día 25 cuando esas visitas se tornaron en otra cosa muy diferente que en un principio hicieron que mi cuerpo tornase a otro cuajo. Ya Isaías 55, 8-9, nos dice: *«Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos»*. Fue de esta manera tan sigilosa como tuvo el Señor hasta que llegó a tener su ocasión de decirme una tarde ¿Pasarías por mí una noche en el cementerio?

Todo esto me parecía una auténtica locura, pues al parecer Él tuvo que pedírselo a una persona que ya había pisado cuatro veces la planta de psiquiatría del Hospital de Alcalá de Henares. Me pregunté ¿Habría hombre o mujer mejor “cualificado” en esta localidad para poder satisfacer este deseo santo del Señor? Puede que sí, pero la voz del

Señor en esta petición cada vez se hacía más fuerte en mi interior.

Sabía que las cosas se me iban a complicar cada vez más, pues al vivir con mis padres en aquel momento era consciente de que para cumplir este deseo santo de Dios todo iba a ser más difícil que si me hubiese preparado espiritualmente solo. En primer lugar, tuve que tomar la decisión de prolongar mi ayuno hasta el día 30. Hacerles comprender a mis pobres padres que debía de alimentarme a base de zumos y calditos durante nueve días no iba a ser fácil. Por otro lado, notaron que ya no dormía en mi cama, pues opte por dormir en el suelo. Estos días de ayuno fueron ideales para la preparación ascética y espiritual para mantenerme en vigilia.

De alguna manera, el secreto estaba entre Dios y este servidor y no podía confiar en nadie, pero todos esos días en la capilla de las Sagradas Formas que es la Adoración Perpetua de Alcalá, me quitaba el hábito y descansaba en la paz de Dios en el suelo, porque a decir verdad me encontraba muy turbado. Turbado ya no sólo por la misión que Dios me encomentaba, sino que también sentía temor por no obedecer la Santísima Voluntad de Dios.

Tuve muchísimas tentaciones del maligno para no escuchar la Santísima Voluntad de Dios. El malo me sugestionaba con muchos miedos, imágenes, tentaciones, conversaciones mentirosas. Pero por

otro lado el Señor me animaba a ello, porque desde el momento que me metiera en el sepulcro me hizo entender que todo sería para bien.

Los problemas comenzaron ya en casa, pues ellos empezaron a perseguirme por mi ayuno. El ayuno es una práctica ascética que debe de acompañar siempre al cristiano y en ocasiones se puede prolongar dependiendo de las circunstancias. En estas prolongaciones los demonios caminan sobre ascuas y tizones humeantes y tratan de hacerte la vida imposible. Aunque practiques la vida religiosa, esto no lo comprenden muchos y menos el personal de un psiquiátrico. Ante mi preparación, mi madre se dirigió a mi psiquiatra sin darme un argumento razonable y se presentó a su consulta para contarle lo que buenamente le pareció sin avisarme y aún sin saber hoy en día lo que le dijo. Recordemos que la persecución religiosa —muchas veces de forma inconsciente— nace en esencia en el seno familiar y sabemos muy bien que han sido muchos santos y mártires los que han sido martirizados por manos de sus padres y/o hijos a lo largo de los tiempos. Debemos de recordar que Cristo fue expulsado a empujones y de muy mala manera de Nazaret, su tierra, que fue precisamente el lugar de donde surgieron aquellas palabras de Cristo de que nadie es profeta en su tierra, entre sus parientes y en su propia casa (Mt 13, 54-58).

Para mí en esta ocasión donde no hacía daño a nadie durmiendo en el suelo y haciendo mis ejercicios de oración y de ayuno, mi psiquiatra me llamo el miércoles 28 de enero 13 veces desde las 15:56h de la tarde hasta 16:36h. Sin duda es un acoso y persecución en toda regla en un lapso de menos de cuarenta minutos. Mis pensamientos inmediatos fueron que me iban a ingresar de nuevo.

De hecho, no estaba tan desacertado, porque mis padres comenzaron a obligarme con 36 años que tengo a subir a hablar con ella esa misma tarde por estas razones. Siendo astuto les dije que, no tenía impedimento en subir el lunes, ya que el jueves y viernes afortunadamente ella no podía. De esta manera, tenía carta blanca para poder ir al cementerio el día esperado, pero siempre desconfiado por el servicio de psiquiatría. Fue entonces cuando sin más premura comencé a hacer los preparativos para el viernes. Me baje a un bazar chino de mi barrio y compré una linterna de frente, un mechero y una vela muy especial. En ella estaba reflejada la imagen Santísima de la Sagrada Familia. Por último, creí conveniente comprar un reloj digital, puesto que era evidente que iba a prescindir en aquellos momentos de mi teléfono móvil para evitar la tentación de escape o fuga. También tengo que decir que el reloj solo quería que me sirviera para saber el momento orientativo de entrada, porque me pareció muy prudente tirarlo después para no contar

el tiempo. Tuve claro desde un principio que mi reloj solo sería la vela.

Ya era jueves día 29 del enero y ya no solo era la Palabra de Dios la que me motivaba en para aquella misión, pues por otro lado era consciente de que, si no me escondía y huía de casa, pronto la furgoneta de los simpáticos que visten de colores vendría a recogerme para ingresarme de nuevo. Como digo, tenía todas las papeletas porque mi madre le había ido a contarle ni se sabe qué a mi psiquiatra, para que me llegase a llamar unos días antes 13 veces en un lapso de cuarenta minutos. La opción era muy clara, o me escondía en el cementerio o en breve acabaría atado con un rosario de cadenas químicas. Era evidente, pues, aunque la experiencia fuese nueva e incluso aterradora, preferí el mandato, la experiencia o el consejo de Dios de ir solo a pasar la noche al cementerio.

Comencé a pedir ayuda sin desvelar nada, pues recuerdo que al principio de la semana hice un donativo al P. Carlos Clemente de la Pquia. Santa María para pedir por una intención particular para toda la semana en especial para el viernes, aunque tampoco quise decirle mucho más en ese momento que me encontraba en combate.

Llegó por fin el viernes día treinta y digo por fin, porque necesitaba quitarme necesariamente esta carga de encima, como cuan atleta tiene deseo de

culminar su misión. Llevaba nueve días de ayuno. Después de ir a recibir al Señor al Oratorio de San Felipe Neri en el centro de Alcalá, no quise ir a despedirme del Señor aquel día en las Santas Formas. Recuerdo que le dije a P. Enrique Santayana, que fue el sacerdote que ofició la misa aquel día por la mañana, que padecía persecución religiosa y que a raíz de ello ya me habían ingresado cuatro veces en un psiquiátrico. Él me dijo que no podía hacer nada, pero que rezaría por mí. Recuerdo que al sentarme frente al Santísimo después de hablar con él, me pareció buena idea ir a denunciar al Juzgado de Instrucción N°1 después de salir del cementerio sobre esta persecución religiosa, que como siempre comenzaba en casa para terminar atado y agarrado a los químicos en el psiquiátrico. Ciertamente es que cuando llegué a las 8:15 a casa, tuve la gracia de encontrar un artículo sobre la legalidad del nudismo. En este artículo entre otros muchos datos de interés nos dice que España es el único país de Europa, y acaso del mundo, donde es legal estar desnudo en cualquier espacio público. El Nudismo es una forma de vida que defiende la práctica de estar desnudo como un derecho y una libertad fundamental. La Constitución Española ampara el derecho a estar desnudo (Art. 1º; Arts. 14, 17 y 20; Arts. 138, 139 y 149).: Dado que Occidente mira hacia otro lado cuando se perpetran los crueles martirios de muchos pobres cristianos en Oriente, se

me pasó por la mente que después de salir de pasar la noche en un cementerio, poco me iba a costar desnudarme y denunciar todo esto de la forma que mi pobre madre me trajo al mundo, con unas sandalias y un rosario al cuello. Sabía que si lo conseguía sería un escándalo y lo primero que iba a denunciar era la injusta manipulación que hacen con los enfermos que ingresan en el psiquiátrico, cuando antes de declarar a un juez le empastillan, para que después el juez venga a los cinco días o seis a ver como un pobre hombre que tenía unos buenos argumentos se le cae ya la baba o ya no sabe articular dos palabras juntas. Cierto es que si no fuese de esta forma el psiquiátrico no tendría laboro ni ocupación y lo mejor de todo, si aquí hubiese verdadera justicia y hubiese un juez de guardia permanente siempre en planta, muchos cristianos saldrían a la calle a subirse a los bancos para predicar a Cristo en llama sin ningún tipo de temor.

Llegué al cementerio viejo del Alcalá de Henares entorno a las 9:15h de la mañana. El cielo parecía que se iba a cerrar y si soy sincero no quise mirar los pronósticos del temporal durante la semana, porque dije que lo que dispusiese Dios, bien estaría. Entré y puse una vela roja en la puerta del cementerio, pero esta vez no quise besar el suelo para no levantar sospechas.

Durante la semana tuve mucha inquietud sobre cuál sería el nicho donde pasaría la noche velando. Tenía que ser un nicho en el suelo, porque en el exterior, además de ser más vulnerable, los demonios iban a tener mucha más ventaja por el amplio campo visual. Sinceramente escuche en mi interior que Él me mostraría el lugar, pero primero tenía que hacer una prospección de todo el cementerio. Entre por la primera fila que me pareció y como 25/30 pasos encontré un humilde nicho que no tenía lápida, sino que estaba cerrado por rasillones de ladrillo fino. Quizá el primer acto de valor que debí tener, teniendo en cuenta la cantidad de operarios que merodeaban alrededor, fue acercarme al primer rasillón y tener que levantarlo para ver si estaba ocupado. Afortunadamente por el aspecto y por lo que puede apreciar a simple vista, el sepulcro estaba vacío, casi lleno de arena. A pesar de ello, con mi Rosario y con mi hábito poco a poco prospecté todo el cementerio y lo más relevante para mí fue que no sabía que trabajaba tanta gente en ese lugar. Por ello pensé que lo iba a tener más difícil, pero de nuevo me fui a aquel sepulcro humilde y con mil ojos al frente y mil en las rasillas de ladrillo, traté de hacer una apertura y siendo estrecha, con todos mis nervios me dejé caer dentro para tenderme en la fosa. Recuerdo que al caer se rompieron dos rasillones que después tuve que apañar a modo de castillete. Lo bueno hasta el

momento es que nadie al parecer me había visto. La profundidad del lecho de arena a los rasillones no eran más de medio metro, pero recuerdo que el lecho tenía un badén enorme que como pude tuve que subsanar. Recuerdo que al caer había en mi sandalia una hermosa araña. Por Dios, yo siempre he tenido pavor de estas criaturas, pero dado el momento y las circunstancias, se dio una reconciliación con estas pequeñas criaturas de Dios. Por ello, con delicadeza la cogí de las patitas y con cuidado la metí a su agujerillo. Lo mismo me pasó con otras. Pasaron unos minutos y sentí que el Señor me decía que besara los ladrillos del nicho, porque de allí iba a surgir algo muy bueno y así lo hice, besé con cariño los ladrillos del sepulcro.

Con mi espalda comencé a hacer fuerza para mover la tierra y hacer un lecho relativamente más cómodo. Algo conseguí, pero al final había una roca como esculpida que en un principio era muy molesta, aunque esta fue la roca en la que me puse las Escrituras como almohada. Fue entonces cuando me sentí más a gusto y entrándome un sueño terrible, tomé el Santo Rosario. A las 9:35h de la mañana fue cuando no solo empecé a rezar el Santo Rosario, sino que gracias a esta oración mi sueño se torno en un despertar bastante peculiar. Solo pasó un rato, al sentir el frio del sepulcro, cuando encendí la vela de la Sagrada Familia. No pasaron muchos

minutos, pero para mí ya fue milagroso el calorcito tan rico que daba aquella vela tan especial.

Desde un primer instante tuve claro que lo más importante era conocer los ruidos de aquel lugar, tenía que familiarizarme. Durante el día, mientras pasaba una y otra vez las cuentas del Santo Rosario oía pasar a la gente, sola, conversando, también oía a los operarios con sus palas y utensilios. El tiempo iba pasando, rezando sin parar y la tarde se ponía en calma. Aquellos rasillones que se rompieron y que buenamente apañé, me permitían ver un poco el panorama.

Siguiendo, rezando el Santo Rosario, con los misterios dolorosos, desde mi lecho de muerte comencé a notar que el campo santo estaba más tranquilo y que el cielo estaba ya tostado. No pasaron muchos minutos cuando desde lejos escuché un violentísimo torbellino de viento, que para mi asombro en muy poco tiempo vino a posarse a mi vera y tras este torbellino fui consciente de que al primero le acompañaban otros torbellinos más. Me extraño mucho porque el día gracias a Dios estuvo muy tranquilo. Fue entonces en aquellos momentos cuando comencé a ser consciente de que esos torbellinos comenzaron a profanar el campo santo rompiendo los cristales de que se yo que tumbas. Mi opinión fue directa y concisa y me dije a mi mismo —ellos ya están aquí—.

Se presento aquel tropel maligno para batallar con este piltrafilla de guerrero que no paraba de dar vueltas al Santo Rosario. Estaban verdaderamente furiosos, porque no era una persona que se pudieran poner un poco a su altura, ya que ni era sacerdote, ni aún religioso, ni cualquier hombre con cierto título o apariencia. En definitiva, el Señor había mandado a un don nadie para guerrear contra ellos. Yo sabía que no estaba solo, pues allí desde mi tumba, estaba luchando toda la Santa Iglesia y el triunfo iba a ser para toda la humanidad.

Servidor unos años antes se había quedado encerrado en el cementerio rezando a las ánimas tal como ya he relatado y si hay algo que perfectamente recuerdo es que nadie avisó de ninguna manera en aquel lugar que el campo santo se iba a cerrar. Con esto quiero decir que la primera manifestación visible que tuve de un demonio fue pitándome fuertemente con un silbato justamente a los pies de mi tumba. El iba vestido de negro y la mentira era que además de tener la casualidad de comenzar a silbar desde mi lecho y no desde otro sitio, este sólo silbo dos veces más en todo el cementerio. Tuve la enorme gracia y desgracia de ver a la luz del día a este maldito. Si se me permite, sabiendo la compañía que quedaba alrededor de mi tumba que sentía, pero que no podía ver, tengo que decir al mundo que fue allí donde vi a los verdaderos yihadistas, a los terroristas, a los homicidas, a los abortistas, a los

maltratadores y violentos, a los corruptos, a los verdaderos opresores, a los antisistema, etc., allí estaban todos los verdaderos autores de la ruina humana, de tanto dolor y sufrimiento personal y de todas nuestras familias. Permítaseme decir además que todos estos nombrados de los que se tapan el rostro o de los que tienen tan poca vergüenza de no tener el cuajo para tapárselo, solo son unos figurantes, solo son unas pobres personas manipuladas que, en un ejercicio de humanidad, antes o después de cumplir sus penas y siendo ahora más conscientes de esta mentira que trato de relatar, deberíamos de hacer el esfuerzo y el ejercicio de poder perdonarles.

Este demonio que pasó ante mi vista vestido de negro también iniciaba con su silbato que el combate iba a empezar. Desde este momento la tranquila tarde se torció y todo eran vientos que se movían con extrema violencia. La noche iba cayendo y recuerdo que hubo una tregua mientras las preciosas aves que custodian el campo santo se despedían con su último canto. Fui consciente de que a esos malditos no les gustaba aquella algarabía de sonidos preciosos que se despedían ante aquel ocaso.

La noche cayó con el canto de los pájaros y allí seguía dándole vueltas al Santo Rosario, unido a la Iglesia militante, purgante y triunfante. Al llegar a

aquel extremo caí en la cuenta de que todo era verdaderamente de Dios, porque ni yo mismo me podía explicar la cantidad de Rosarios que llevaba rezados desde la primera hora de la mañana y lo mejor es que contemplando las circunstancias, me di cuenta de que cada vez lo hacía mejor . Fui en ese momento consciente y lo digo para todo hombre que este abierto a la verdad, que no era yo el que les temía a ellos, sino que, con mi Santo Rosario, eran ellos los que me tenían miedo a mí, nada menos que en su propio terreno.

Para muchos seguro que les pasará inadvertido, pero era en esencia en las letanías de Ntra. Señora cuando se volvían más revoltosos y era cuando más trataban de desconcentrarme de la oración. En los misterios, pero siempre muy concentrado, podía concentrarme también en otros pensamientos y fueron algunas otras muchas cuestiones las que me hice. En primer lugar, supe que no podía estar haciendo un mejor ejercicio ascético sobre la muerte. Sabemos que los teólogos y ascetas nos recomiendan pensar en el día de nuestra muerte e incluso pensar que estamos amortajados en nuestros lechos para pensar que estamos muertos al mundo con Cristo. En broma le dije a mi amado Dios que esperaba que la segunda vez fuese la definitiva.

Por otro lado, también pensaba en mis perseguidores, que, por cierto, estuve pensando en

toda la noche, porque jamás en mi localidad y desde el cementerio había oído tantísimo movimiento policial. Creo sin duda que esa batalla de aquella noche influía extramuros. Mientras luchaba contra los demonios en gran parte haciendo resistencia me alegré en gran medida, me alegré muchísimo, porque ellos no me tenían las manos, los pies y el torso atado a una cama con las lacerantes correas que violentamente te atan para crisparte los nervios y no solo para inmovilizarte. Me alegré muchísimo porque con sus cadenas químicas no me podían bloquear mis oraciones. Me alegré en gran medida, porque desde un hueco donde aquella noche se me concedió con hospitalidad, donde suele morar un difunto podía darle vueltas al Santo Rosario, pues recuerdo con dolor que estos pobres figurantes que trabajan en el psiquiátrico me quitaron en una ocasión el Rosario porque alegaban que me podía suicidar con él. Si esto no es persecución religiosa maranatha, que baje Cristo y juzgue si no hay un juez aún medio justo. Por esta manifestación tan laicista no debe de parecer extraño que eviten dejar pasar a un sacerdote o religioso en planta para poder hacer una visita a un “enfermo” para darle un poco de consuelo, ya que las pastillas ni dan amor, ni consuelo ni nos dan nada que cubra el vacío interior que encierran esas tristes paredes con cerraduras.

Hubo un demonio que se me resistió muchísimo, mientras otros pasaban por los tubos de los rasillones haciendo como si sonasen címbalos. Sinceramente sonaba horroroso, pero es que si hay algo que estos malditos sean expertísimos es en la ilusión. Son ilusionistas de primera. Este demonio que me guerreo toda la tarde y noche para desesperarme se puede decir que se trataba de un demonio que dominaba el temporal. Recuerdo que, en el espacio de una rasilla, solo en una rasilla que era donde más o menos tenía mi cabeza, se daba una micro lluvia. No llovía en mis piernas que estaban más o menos al aire ni en otra rasilla, solo en la que estaba encima de mi cabeza. Con este demonio había que ser muy paciente, pues tenía que parar la actividad corporal por completo para centrarme en la oración. Digo que tenía que parar, porque en el interior de mi tumba, con los pies en los ladrillos de las piernas danzaba como un guerrero sin parar. No lo soportaban, uno que debía de estar quieto como un muerto, bailaba dentro de un sepulcro. Además, tenía doble fin, porque al danzar, si te querían asustar de una manera nueva, al cuerpo no le cogía de improviso y no se quedaba bloqueado o paralizado como cuando te suelen meter un susto. Es buena ocasión para decir que los demonios se espantan cuando un hombre baila y más si éste canta. Es por esta razón por lo que las calles han sido vaciadas de personas que de

muchas maneras nos han transmitido esta alegría y que por desgracia ya sabemos porque han sido limpiadas y esto ha sido posible por las normas y leyes civiles.

Esta micro lluvia me empezó a sonar como una carta de ajuste, como una nieve que trataba de perturbarme. A mí desde siempre me había gustado oír caer la lluvia porque me relajaba, pero esa lluvia tenía muy mala intención. Empezó a ocurrir algo completamente sobrenatural, pues aquellas supuestas gotillas que caían al rasillón sin explicación científica tuvieron la capacidad de poder penetrar dicho material. Fue entonces cuando quisieron exasperarme más, pero estoy seguro de que por intercesión de la Stma. Virgen no les permitió que me tocasen el rostro. Las gotitas caían en mi pelo, en la capucha de mi hábito y en otros sitios. Puedo asegurar que estos malditos son ilusionistas hasta para crear agua de mentira. Cuando caía una gota encima de mi frente, puedo asegurar que era como una gota de agua, pero que al instante se evaporaba como si fuese CO₂ líquido. Este demonio me dio muchísima guerra.

Todos trataban de poner sus truquitos, pues recuerdo que mientras uno te daba guerra a otro le daba por sacarte malvas de la nada que subían y bajaban entre los rasillones del sepulcro. Todo era para lo mismo, todo resultaba un complot para

distraerme de la oración. Mientras tanto, insisto, aquel día, el movimiento policial en nuestra localidad, para mí era de escándalo, nunca había presenciado tantísima actividad y tanto ruido.

Podían ser las tres o las cuatro de la mañana del sábado día 31, pero no había parado una cuenta del Rosario, ni había tomado un respiro desde las 9:35h de la mañana anterior. Para mí esto sin duda era más que un milagro, una proeza que un pobre hombre como yo nunca ha podido hacer, porque si soy sincero en una ocasión practicando en estos días atrás, lo máximo que llegué a rezar son seis Rosarios seguidos. Esto hizo que quedase muy preocupado porque era consciente de que una vez entrado allí, no debía de dejar de rezar. No quisiera hacer estimaciones, pero sí que estoy seguro que desde las 9:35h de la mañana hasta aquel momento, podía haber rezado con facilidad algo más de 300 Rosarios.

La última estratagema de los demonios fue aún más diabólica. Recuerdo que después de haber desaparecido las malvas que vinieron como se fueron para despistarme en la oración, sin saber cómo, desde los rasillones junto a mi preciada vela de la Sagrada Familia que me seguía dando un calor fuera de lo normal, aparecieron como unas luces. Eran luces pero eran a su vez como sombras. Eran ellos. Yo no quería mirarlos y en ocasiones me

preguntaba si podía hacer algún tipo de invocación para expulsarlos. Su luz incidía en algunas partes de mi cuerpo y en algunas partes sentía dolor. Fue cuestión de media hora cuando esas extrañas luces desaparecieron.

Fue poco más tarde, podían ser las 4:30-5:00h de la madrugada cuando ocurrió algo fatídico en el combate. Si hay algo que el guerrero de Cristo no debe de hacer en medio de una batalla, es pensar en su estómago o en mirar su reloj y como cometí el enorme error de no arrojarlo antes de meterme en el sepulcro, tuve la tentación de quitármelo y ver la hora. Mientras sostenía el Rosario vi en la pantalla un número atemporal, un error donde se veía un cuatro y un pequeño cero. Esta fue la distracción que echó todo a perder. De repente el demonio del temporal se convirtió en un verdadero temporal y comenzó a llover fuerte. Casi de forma instantánea esta fue la razón para dejar de rezar. De alguna manera estaba confuso y me disgusté neciamente con el Señor ¿Y ahora qué? Empecé a calarme y la lluvia estaba muy fría. De repente el viento era inmensamente gélido y mi vela no me daba el mismo calor. Entonces fue cuando cometí el error más grande de mi vida en medio de semejante batalla y lugar. Teniendo en cuenta el frío que hacía, me pregunté si podría haber algo para quemar y entrar en calor un poco. Tomé las Escrituras y me dije primeramente a mí mismo, no, esto no. ¡¡Pero hubo

algo arrebatador dentro de mí, que con saña me hizo decir, !! ¡¡Si, esto es necesario!!.. Con violencia rompí los 25 versículos del Génesis en medio de la oscuridad y sin saber que estaba haciendo en ese momento lo quemé.

Dejé de rezar en esos instantes pero todavía no era consciente del inmenso pecado que había cometido. Pasaron quizá unos minutos y en medio del silencio escuche algo inaudito. Escuché una trompeta angelical con un tono precioso y magisterialmente afinada. Acto seguido pude oír cómo se cuadraron los ángeles y el siguiente paso llegó a ser un vasto silencio. Ellos estuvieron conmigo en el combate, pero me abandonaron por mi pecado. Todavía no era muy consciente de que Dios me había abandonado en medio de los malos y en medio de aquel tenebroso escenario.

Fue curioso, hay que decirlo, pero después de estar más de 12 horas rezando el Rosario, cuando volvieron mis enemigos ya no sabía cómo rezarlo y me vine abajo. Fue entonces cuando comenzaron a manifestarse los espíritus burlones, que golpeaban profanando fuertemente los nichos y también cantaban. Mi vela se apagó un par de veces y tenía mucho, mucho frío. Era una plena incertidumbre porque no sabía cuándo sería la hora en la que debían de abrir el cementerio.

Pasó el tiempo, vi un poco la claridad del día, abrí una rasilla y me fui de allí dejando la vela de la Santísima Familia, una linterna y un prontuario con las letanías de la Virgen con mi cuerpo medio deforme. Por supuesto que no estaba en disposición de ir al Juzgado de Instrucción N°1 para poder formalizar aquella denuncia por persecución religiosa como tenía pensado.

Directamente me dirigí a casa hecho un alma en pena. Mis padres que denunciaron mi desaparición me pidieron explicaciones y como no era consciente de que había perdido la gracia de Dios y con ello todos los dones y virtudes, lo poco que les expliqué les asustó. Traté de ir a dormir, pero fue allí donde comenzó mi horror. No podía dormir porque escuchaba muchos ruidos. Era evidente que había perdido la paz de Dios. En el transcurso de dieciocho o veinte días fui el hombre más desgraciado del mundo. Al ser abandonado por Dios no había lugar en el mundo donde poder tener un poco de descanso. Era una plena contradicción, pues daba cuatro pasos hacia adelante y al quinto pensaba una cosa diferente. Mis padres notaban que no tenía mi palabra nada de consistencia, pues me hubiese sido muy fácil caer en la tentación de decir mentiras, porque no me hizo mucha falta tener la luz para darme cuenta de que había caído en la tentación de desesperación, que, para poder entendernos, fue la tentación final que padeció el traidor Judas Iscariote.

Yo me sentía también traidor, pues me decía, si Judas por 30 monedas vendió al Señor, yo por un poco de calor también lo había hecho.

El peso de la creación me pesaba demasiado. Los mismos pájaros que moraron en el cementerio los oía de mañana y sentía que me acusaban, pues sentía que por mi culpa el cielo había perdido una batalla. Fue entonces cuando la voz de los malos en mí interior me invitaban al suicidio. Ellos me decían que ya no tenía escapatoria, que o me suicidaba o podría tener la opción de quedar interno para siempre en un psiquiátrico para terminar blasfemando a Dios, pero no me contaban que tenía la opción de confiar en Dios. Santo Dios, que dolor más hondo e infinito en aquellos momentos en mi pobre ser por el hecho de pensar que no iba a poder tener ya la oportunidad de poder ver el Santo Rostro del Buen Dios y de no poder disfrutar con Él en el Paraíso. Por las noches vomitaba bilis y en las visitas de la adoración perpetua en ocasiones, no sé qué pensaría la gente, pero notaban que se me salían las tripas y los ruidos eran desagradables. Casi lo peor era cuando me iba y podía ver a toda aquella gente —que, aunque con sus problemas y aflicciones— estaban en la paz de Dios. Todo esto, no se lo deseo ni al más malo malísimo de los hombres.

No tuve duda en que debía de comenzar desde cero, aún a sabiendas de que lo había perdido todo. Me fui a confesar y en la noche del día 31 con mis hermanos de la Adoración Nocturna de Alcalá recibí el Santísimo Sacramento sin hábito y desaliñado. Ciertamente ya estaba en gracia, pero desgraciadamente no me lo terminaba de creer, por lo que no dejaba de pesarme ese sufrimiento. Mis compañeros me notaron distante y sombrío. Estaba vacío y no sabía que decirles. Me dolía el corazón, porque notaba que un hueco había quedado en él.

Lo peor de todo también era que sentía que había perdido mi vocación religiosa y que toda mi labor religiosa que había hecho hasta el momento no tenía ningún sentido ni parecía que lo fuera a tener.

Seguí recibiendo la Sagrada Comunión y notaba ciertas consolaciones del Señor. Poco a poco comencé a creer que estaba en gracia y que los malos no tenían aquella potestad que tuvieron sobre mí. Tuve algunas charlas con mi director espiritual D. Javier Ortega y estudiamos la posibilidad de pedir algunas pastillas livianas para poder arrancar un sueño y así fue. Pero por esto nadie debe de pensar que mi remedio fueron unos simples químicos, no. Debo decir que si pudiese mostrar los ojos de tres alfileres, podría mostrar tres pórticos de gloria de fe, de esperanza y de caridad, pero no tenía apenas nada de eso para ser salvo. Lo único que me salvo

de las llamas del infierno para siempre fue la Inmensa Misericordia de Dios, eso sí, acatando un castigo, porque Dios castiga a los hijos que ama.

Poco a poco he ido depurando y comprendiendo la Santísima Voluntad de Dios que de alguna manera engloba todo este tratado con sus correspondientes experiencias. El Señor se valió de mi persecución para esconderme en el cementerio como mandato y consejo. La batalla con los malos desde aquel sepulcro me hizo ver que es mucho más práctica y provechosa que estar atado y empastillado en un lugar donde tienen tantas cámaras y donde tampoco uno ya no tiene un poco de intimidad para poder rezar a Dios. Todo esto me hizo muy fuerte y es desde aquí donde se lucha verdaderamente contra el mal y no desde un despacho frío de un psiquiatra o desde el sofá con un mando a distancia o quizá encendiendo unas velas a Dios de vez en cuando. La parte que parece que fue una pérdida en la batalla, la permitió Dios para poder contar y experimentar solo, pero solo un poquito de lo que es el infierno para cada uno de los hombres que sigan permitiendo esta enorme injusticia en los psiquiátricos y no aprendan a amar gratuitamente, sin tener intención de abandonar la fácil práctica de seguir recetando fármacos como caramelos.

Esta labor en la que me he visto envuelto tiene como fin poner orden en todos los tugurios psiquiátricos, con el fin de que cualquier persona que quiera predicar a Cristo o tenga algo importante que decir públicamente en un banco o subido a una piedra en un momento que se sienta inspirado, no sea víctima de unos señores que por tener una bata blanca crean que tienen autoridad para manipular a cualquier persona antes de que un juez de guardia se presente y pueda interrogar previamente a esa persona, siendo en su defecto obligado a digerir o a ser inyectado venenos varios sin poder tener antes un juicio justo. Nosotros nos sacudiremos ahora nuestros miedos y el Altísimo, Justo y Señor de los Ejércitos será ahora Él el que nos ayudará a guerrear por nosotros, no solo por una España que cada vez está más amenazada su alegría y su libertad, sino por un mundo mucho mejor.

El Señor nuestro Dios nos dice en las Escrituras:

Cielo y tierra pasarán, más mis palabras no pasarán (Mt 24, 35) y al respecto, sobre este documento el Señor se vuelve a pronunciar en Isaías 58, 1-12, que dice:

El ayuno que no agrada a Dios
Dios le dijo a Isaías:
«¡Grita bien fuerte,
grita sin miedo,
alza la voz como una trompeta!
¡Reprende a mi pueblo,
el pueblo de Israel,
a causa de sus culpas
y de todos sus pecados!
»Ellos me consultan todos los días
y dicen que quieren obedecerme,
como si fueran gente de bien
que no se aparta de mis leyes.
Ellos me piden leyes justas
y quieren estar cerca de mí.
Sin embargo, andan diciendo:
“¿Para qué ayunar,
si Dios no nos ve?
¿Para qué sacrificarnos,
si a él no le importa?”
»En el día de ayuno

ustedes hacen negocios
y maltratan a sus trabajadores.
Ese día discuten, se pelean,
y se agarran a golpes.
¡Si quieren que escuche sus oraciones
no ayunen de esa manera!
Ese tipo de ayuno
no me agrada para nada.
»Ustedes agachan la cabeza
como una caña del río,
y vestidos de luto
se acuestan sobre la ceniza.
Y a eso le llaman “ayuno”
y “día agradable para Dios”.
¡Pero en realidad no es así!
El ayuno que a Dios le agrada
»El ayuno que a mí me agrada
es que liberen a los presos
encadenados injustamente,
es que liberen a los esclavos,
es que dejen en libertad a los maltratados

y que acaben con toda injusticia;
es que compartan el pan
con los que tienen hambre,
es que den refugio a los pobres,
vistan a los que no tienen ropa,
y ayuden a los demás.

»Los que ayunan así
brillarán como la luz de la aurora,
y sus heridas sanarán muy pronto.
Delante de ellos irá la justicia
y detrás de ellos,
la protección de Dios.

»Si me llaman,
yo les responderé;
si gritan pidiendo ayuda,
yo les diré: “Aquí estoy”.
Si dejan de maltratar a los demás,
y no los insultan ni los maldicen;
si ofrecen su pan al hambriento
y ayudan a los que sufren,
brillarán como luz en la oscuridad,

como la luz del mediodía.

»Yo los guiaré constantemente,
les daré agua en el calor del desierto,
daré fuerzas a su cuerpo,
y serán como un jardín bien regado,
como una corriente de agua.

Reconstruirán las ruinas antiguas,
reforzarán los cimientos antiguos,
y los llamarán:

“Reparadores de muros caídos”,

“Reconstructores de casas en ruinas”.:

Los gestos proféticos

Este último relato fue escrito aproximadamente dos meses y medio o quizá tres de aquellos hechos. Actualmente se le ha hecho una revisión gramatical y ortográfica sin apenas relevancia y no se le ha hecho ninguna modificación posterior.

Justo once años después de aquella impactante experiencia, puedo reconocer mejor que fue un gesto profético que hice en mi vida semejante a otros que compartiré a continuación.

**Si, me he desnudado integralmente al
finalizar una misa dominical; he pasado una
noche entera rezando el Santo Rosario
escondido en la fosa de un cementerio y he
evacuado en un centro de salud.**

(Las mayores locuras de mi vida)

De la misma manera que sucede cuando los buenos cristianos no nos tiemblan las manos al condenar el pecado y cuando al mismo tiempo a pesar de tratar de salvar al pecador somos acusados y atacados por ser radicales, intolerantes y muy astutamente en nuestro tiempo por el hecho de odiar a una persona o un colectivo; así como también cuando somos beligerantes contra el mal y la injusticia en general, muchos nos damos cuenta de que la acusación de la locura siempre ha sido un mecanismo de defensa del mundo para no escuchar. Por eso es importante considerar la triple estrategia para describir cómo las adversidades y tentaciones buscan apartar al creyente de su propósito: Los halagos (seducción), los temores (coacción) y la desautorización (desacreditación) que es el eslabón final que en este caso se relaciona con la etiqueta de la locura.

Tal como expreso en el titular de esta entrada del Blog, el domingo 7/8/2016 me ingresaron en la planta de psiquiatría del Hospital Universitario Príncipe de Asturias en Alcalá de Henares (Madrid), por haberme desnudado al finalizar la misa dominical. Todo estaba muy bien pensado, pues al finalizar la misa me quité la ropa y me subí al presbiterio desnudo cantando: «Gloria, gloria, aleluya (bis)... Cuando sientas que tu hermano necesita de tu amor, no le cierres las entrañas ni el calor del corazón. Busca pronto en tu recuerdo la Palabra del Señor: Mi ley es el Amor» Tras estos hechos tengo que decir que me ingresaron

involuntariamente a pesar de subir por mi propio pie de forma voluntaria y pacífica a la ambulancia.

Las razones están muy bien recogidas en este informe, que además tuvieron la agudeza de llegar a observar que me explicaba con elocuencia, pues también he tenido la ocasión de revivir aquellos mismos hechos de nuevo con el Mons. José Vilaplana Blasco y Mons. Santiago Gómez Sierra, que actualmente es el obispo de Huelva. Por aquel entonces, estuve esperando durante dos años y medio para tener una audiencia con Mons. Juan Antonio Reig Pla para tratar personalmente con él algunos asuntos importantes, aunque las muchas cartas enviadas por medio de mi director espiritual lamentablemente propiciaron aquel mismo hecho de san Pablo, cuando el gobernador Festo le gritó en pleno juicio: «¡Estás loco, Pablo! Las muchas letras te han vuelto loco» (Hch. 26:24).

La segunda ocasión no requirió ningún ingreso, a pesar de ser la primera y única vez que me dejé de tomar el tratamiento que me han obligado a tomar durante 22 años hasta ahora y que tanto me ha perjudicado la salud física y psíquica. Un viernes 30 de enero del año 2015 pasé una noche entera velando y rezando el Santo Rosario escondido dentro de una fosa del cementerio viejo de Alcalá de Henares. Localice un día una fosa vieja y destrozada, medio tapada para poder ocultarme. Me dejé el teléfono móvil en el coche para evitar la tentación de escape o fuga, me llevé una Biblia que use como almohada, una vela, un mechero y un

Rosario y allí estuve hasta el amanecer hasta que se me rompió el Rosario. En medio de la noche me cayó una lluvia que me dejó calado y en este gran apuro no tuve más remedio que orinarme encima. En el fondo me motivaba esta experiencia por el hecho de querer tener una lucha contra los demonios de la misma manera que lo hizo san Antonio Abad.

El 5/2/ 2018, en mi intento por tratar de persuadir de muchas maneras por el beneficio de los sacerdotes y resto de los fieles que formamos parte de la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción en la localidad de Almonte, esto desencadenó la actuación en multitud de ocasiones de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, que me trataron muchas veces de forma muy hostil (pegándome en comisaria, una contusión en un dedo, etc.). Este último hecho no pudo ser reconocido, ya que, al día siguiente de una detención en el cuartel de la Guardia Civil en el centro de salud en este pueblo, al presentarme para hacerme un reconocimiento médico, vi a una mujer llorando desconsolada en urgencias porque nadie le atendía y esto me desbordó. Al querer poner una reclamación se me acusó astutamente de ser violento y tener una mala conducta. Este informe de psiquiatría, mucho más pobre y raquítico que los que elabora la Comunidad Autónoma de Madrid, solamente detalla que evacué o defequé en el suelo de la recepción, sin detallar mayor explicación personal que refiera a aquel hecho.

Quizá esta es una ocasión extraordinaria para poder denunciar una de las trampas de la psiquiatría que pasa muy desapercibida, pues como tónica general en estos informes existen demasiadas imprecisiones, también porque los hechos que normalmente favorecen estos ingresos involuntarios muchas veces proceden de fuentes que los usuarios de los servicios de salud mental no tenemos derecho a saber, para evitar que se produzcan de esta manera demandas a esas personas por falso testimonio. Los psiquiatras en algunos de estos informes tratan de justificar o exagerar hechos como la hetero agresividad, cuando gracias a Dios desde mi lógica no cabe lugar a esto, pues al menos a mí me cuesta entender que habiendo sido una persona hasta ahora que asiste a misa de una manera diaria desde el año 2008, con un fuerte compromiso con Dios y con su Iglesia y también social por el hecho de haber sido voluntario durante 16 años en residencias de mayores hasta hace muy poco, pueda realmente ser tal como dicen desde su visión externa.

Volviendo al hilo de las locuras más grandes de mi vida, el resto de los ingresos han sido provocados por el celo que siento en mi corazón, especialmente cuando me ha tocado vivir de cerca una injusticia. En los informes de alta de estos dos ingresos tienen un denominador común y es que nuestro arrepentimiento, lo que me permitió acercarme a la confesión para aliviar mi conciencia. Pero desde aquellos momentos y a medida que ha ido pasando el tiempo me he ido dando cuenta de que

previamente a cada uno de estos gestos tuve una enorme inspiración para poder cumplirlos ya que además tengo plena seguridad que me encontraba en gracia de Dios. La duda y confusión en aquellos momentos creo que me parece tan legítima como la de san Juan Bautista, cuando estando en los oscuros calabozos por orden de rey Herodes, envió a sus discípulos a preguntar a Jesús si él era el Mesías esperado (Mt. 11,2-3; Lc. 7,18-23).

Cada día que pasa tengo mayor convencimiento de que aquellas actuaciones fueron varios gestos proféticos conocidos también desde la teología como acciones signitivas. Los gestos proféticos son actos dramáticos realizados por los profetas para transmitir un mensaje divino. Estos actos desafían la lógica humana, las normas sociales y el sentido común de su época para romper la apatía del pueblo, para llamar la atención por el hecho de que el pueblo se ha hecho inmune a las palabras y sermones y para desenmascarar la verdadera locura, que se encuentra en aquellos que creen que pueden pecar contra Dios y vivir en paz.

Por poner un ejemplo práctico extraído de las Escrituras, el Profeta Isaías caminó completamente desnudo y sin calzado por las calles de Jerusalén durante tres años (Is. 20,2-3). Se supone que el choque lógico por parte del mundo es que la desnudez pública era la máxima humillación y una total violación de las normas de decencia de la sociedad judía. Pero el significado para Dios estaba orientado en este sentido para que sirviera como

una advertencia visual de la vergüenza, el despojo y el cautiverio que sufrirían Egipto y Etiopía a manos de Asiria. La desnudez después de aquella misa dominical tiene un calado bastante profundo, pues era para despertar los sentidos de los prelados de la Iglesia Católica. Digo esto porque desde hace muchos años soy un testigo directo de cómo actúan éstos a los ojos del mundo, aparentando preocuparse por aquellas voces del pueblo de Dios que en verdad ven algo más de lo que ellos no son capaces de ver, pero que por su silencio administrativo demuestran ser vergonzosamente autónomos, negando de esta manera la ayuda de los pequeños y sencillos «En aquel tiempo, hablando Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a sabios e inteligentes, y las revelaste a los niños» (Mt. 11,25).

El hecho más vergonzoso para mí ha sido defecar en un lugar público y en lo personal me ha causado desde aquel entonces una destrucción de mi orgullo propio que ahora puedo reconocer que me ha sido espiritualmente muy saludable. Así parece también explicarse este fenómeno que pertenece a una antiquísima y radical tradición mística conocida como "Locura por Cristo" (Yurodstvo en Rusia, o Salos en el Imperio Bizantino). Se tiene el concepto de que estos ascetas imitaban de forma deliberada la demencia y rompían los tabúes sociales más extremos, incluyendo el desnudarse o defecar en público, como un método para destruir su propio orgullo y sacudir la hipocresía de la sociedad. San Simeón el Loco (Simeón de Emesa) vivió en el siglo

VI en Siria y es considerado el padre de esta tradición en Bizancio. Según la detallada biografía escrita por el obispo Leoncio de Neápolis, Simeón arrastraba un perro muerto atado a su cinturón, arrojaba nueces a las mujeres durante la misa y, de manera explícita, defecaba en los mercados y plazas públicas de la ciudad. Su intención teológica era doble:

- Inversión radical de valores: Provocar el asco y el desprecio del mundo para asegurarse de no recibir alabanzas humanas por su santidad.

- Desafío al decoro: Romper la línea entre lo público y lo privado para demostrar que, ante Dios, las convenciones sociales de pureza externa no tienen valor si el interior está corrompido.

En mi propia experiencia personal encuentro otro significado parecido que creo que de la misma manera que san Simeón el Loco tiene validez de cara a Dios puesto que en la dimensión social también hemos alcanzado niveles de corrupción que nos enmarca dentro del preludio apocalíptico, aunque son muchas personas que por desgracia viven ajenas a lo que pasa, otros lo ignoran y quienes lo saben no quieren o no se atreven a actuar de ninguna manera, porque en el fondo saben que les va acarrear alguna forma de persecución por la causa de Cristo.

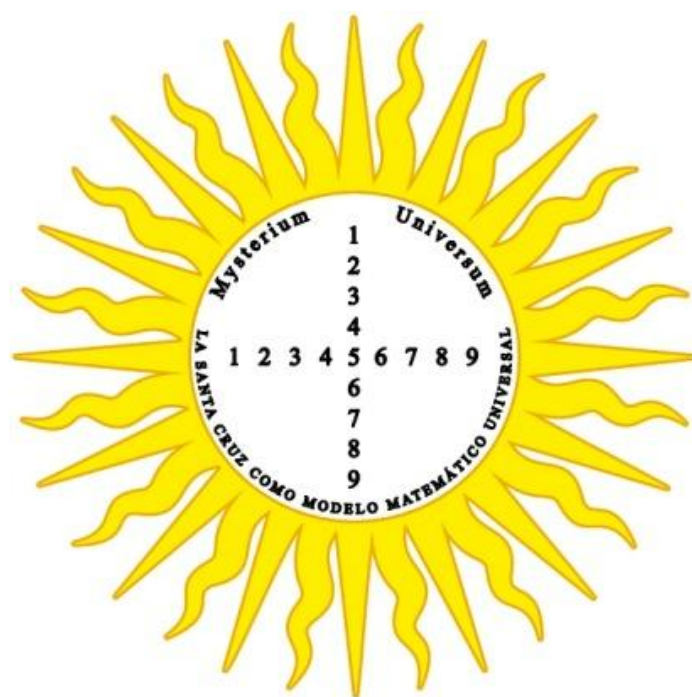
Estoy seguro de que pocas personas contarían estas locuras con el mismo desparpajo

que lo acabo de hacer y es que en verdad esto es una humillación muy grande, pero gracias a Dios después de mirar atrás estos últimos 22 años desde mi primera conversión, veo con claridad que ha actuado en mi vida la mano de Dios. Además, creo que era conveniente contarle todo esto sin tapujos por una razón humana y otra más importante que considero divina. La parte humana se debe principalmente para dar luz a aquellas mentes confundidas y también para las lenguas melladas que no han atinado aún para poder hablar con verdad sobre mi persona. Y la parte divina es porque creo que, si Dios se humilló haciéndose hombre, nosotros como hombres podemos servirnos de estas humillaciones también para hacernos como Dios «Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp. 2,8).

Beber también de este mismo cáliz que bebió el Señor por su locura de amor, tengo que reconocer que ha sido y es muy amargo, pero perdonando a todos los miembros de mi familia, Iglesia y a otras personas de la sociedad que me han ocasionado mucho dolor, me ha permitido tener un amor más maduro, ya que por esta razón ahora puedo tener mayor capacidad de amar más y mejor.

Me gustaría concluir diciendo que, para mí hay muchas razones más, pero ponerme a explicarlas supondría con seguridad que otras personas sigan pensando que estoy más loco de lo que piensan. Por esta razón la Virgen Santísima, siendo la criatura

más perfecta de todas, ante los misterios de Dios en su vida dice la Escritura que «guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc. 2,19; Lc .2,51). Esto que siempre lo hemos interpretado como un signo de humildad, sin duda es completamente cierto, pero de no haber sido de esta manera, la criatura más santa después de Dios también hubiese sido la criatura más loca de la historia de la humanidad, pues ella sabía mejor que nadie que todo lo que guardaba en su Inmaculado Corazón tampoco hubiese sido comprendido por la mente humana.



novaevangelizatio.org